RELATOS DE ENCÉLADO

Relatos de Encélado

Primer concurso de relatos cortos de Radio Skylab

Versión 1.0

8 de junio de 2017

Licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin obra derivada

http://radioskylab.es/

Índice

Prólogo.....5

Relato ganador: Muralla.....6

El evento que cambió el mundo.....8

¡Vida!.....10

Base Encélado.....13

Nosotros y ellos.....14

Hielo fundido.....18

I shall return.....20

La visita.....22

¡Touch Down!.....24

2051.....26

Fin.....28

Termonautas.....30

Una maldita bola de nieve.....32

Desideratum.....34

Otro ombligo para el mundo.....36

Día 59.....38

Uno.....40

Otra maldita piedra suelta.....43

Enceladus-L.....46

Encélado, año 2492.....48

Cambio de turno.....50

Encélado.....54

La cura de la humanidad.....56

El Protocolo Drémer.....58

Diez felices segundos.....60

La transmisión.....62

Exterminio.....64

VGR77-2.....66

Invitación.....68

La odisea que no te esperas.....70

Prólogo

Saturno. El segundo planeta más grande del sistema solar. Un gigante gaseoso famoso por sus majestuosos anillos. Pero no todo son anillos. Alrededor de este planeta también existen otras maravillas, como es el caso de su fascinante conjunto de lunas. Y entre los 62 satélites que orbitan Saturno tenemos a Encélado. Vista de lejos es una pequeña e insignificante luna de apenas quinientos kilómetros de diámetro, casi seis veces más pequeña que nuestra Luna. Pero si nos acercamos descubriremos extrañas evidencias de actividad geológica –algo inusitado en un mundo tan pequeño– repartidas por su superficie, especialmente en el polo sur del satélite. Y justo es en esta región es donde encontramos el fenómeno más llamativo de esta luna: sus famosos géiseres. Cerca de cien chorros que escupen continuamente partículas de hielo y polvo al espacio y que hacen de Encélado un surtidor natural de tamaño cósmico. El hielo procedente de los géiseres llega a formar uno de los anillos de Saturno (el anillo E). ¿Pero de dónde viene todo este hielo? Todavía no comprendemos muy bien el mecanismo que está detrás de esta anómala actividad interna, pero lo que sí está claro es que los géiseres expulsan agua de un océano subterráneo que se halla bajo la corteza de hielo. Y, por si fuera poco, gracias a la sonda *Cassini* de la NASA ahora sabemos que es muy probable que en este océano haya fuentes hidrotermales. Agua, calor y sustancias orgánicas: los ingredientes fundamentales de la vida. ¿Qué encontrarán los exploradores del futuro en el océano de Encélado? Por el momento no tenemos ni idea, pero siempre podemos dejar volar la imaginación. Y eso es precisamente lo que han hecho los oyentes de Radio Skylab en un conjunto de treinta relatos cortos de ciencia ficción. Acompáñanos en este viaje a las fronteras del conocimiento para adentrarnos en el misterioso océano de Encélado. Esperamos que disfrutéis tanto leyendo estas historias como nosotros lo hemos hecho.

El equipo de Radio Skylab.

Relato ganador: Muralla

Pablo Delgado

Se detuvieron en la inmensidad.

– ¿Llegamos, madre? –dijo el niño.

Una luz tenue, apenas perceptible, lo cubría todo. Sentía frío.

– Sí, aquí es. La Muralla –dijo la madre.

El niño miró en todas direcciones. Delante de ellos nacía la penumbra. Detrás, se hundía la oscuridad.

La madre se adelantó y señaló algo.

– Ven, siente –dijo.

El niño, con temor y desconfianza, se acercó y sintió. Era liso y helado, rígido como la roca, indistinguible de su entorno.

– La Muralla… –murmuró asombrado.

– Aquí termina nuestro mundo –dijo ella con solemnidad.

El niño meditó las palabras. La idea de un límite en el mundo le pareció extraña. Siempre lo creyó inabarcable, tan alto como quisiera. El desengaño lo entristeció.

– ¿Hay algo más allá de la Muralla? –preguntó.

La madre se mostró pensativa en colores pardos.

– No lo sabemos, hijo –respondió–. Pero quizás pronto lo sepamos.

El pequeño se veía reflexivo, tratando de absorber la verdad que se le revelaba.

– ¿Y cómo lo sabremos?–preguntó.

Con su piel dibujando palpitantes patrones luminiscentes, la madre explicó:

– Nuestros antepasados comenzaron a tallar y erosionar la Muralla hace veintinueve generaciones. Muchos de los nuestros lo continúan haciendo todavía. No es lejano el día en que podamos atravesarla.

El niño estalló de excitación.

– ¿Atravesar la muralla? –exclamó–. ¿Podremos?

La perspectiva de cruzar ese límite de hielo hacia un mundo desconocido encendió su imaginación infantil. Visualizó un mundo vasto de cordilleras colosales cuyas cimas pobladas de extraños animales eran acariciadas por mansas corriente de agua cálida. Imaginó fitoseres danzantes y violentas hidrotermas gigantes, mucho más violentas que aquellas que poblaban el lecho de su patria.

– Podremos –confirmó la madre–. Las grietas fueron abiertas hace pocas generaciones.

El niño no podía contener su asombro. El frío comenzaba a plegar la piel de sus extremidades, pero no lo sentía.

– ¡Hay grietas en la Muralla! –dijo girando sobre sí mismo y brillando con miles de colores–. ¿Puedes llevarme allí, madre? ¡Quiero atravesar la Muralla y ser el primero en explorar el otro lado!

La madre sintió ternura infinita por la inocencia del niño. Habló con oscilantes líneas de luz verde recorriendo su cuerpo:

– No podemos permanecer cerca de la Muralla mucho tiempo, el frío nos hará daño.

En ese momento el niño advirtió su piel plegada en los miembros. Sintió mucho frío de repente. La madre se aceró y lo rodeó con su cuerpo, dándole calor.

– Las grietas son peligrosas, pero te prometo que cuando seas más grande y tu piel sea más gruesa te llevaré allí.

El niño asintió con breves parpadeos luminosos. El frío y el cansancio lo habían sosegado.

– Cuando sea más grande seré un explorador–agregó sonriendo, embriagado de ensoñación.

–Volvamos –dijo la madre con ternura–. Tus hermanos estarán esperándonos.

Las luces de sus cuerpos se apagaron, silenciando toda conversación. Con breves y eficaces movimientos de tentáculos, los dos cefalópodos se alejaron de la Muralla que los separaba del vacío espacial, e iniciaron el regreso al cálido y oscuro lecho submarino de su patria.

Ω

El evento que cambió el mundo

Sara Robisco

Corría el año 2055, los niños se encontraban expectantes frente al televisor donde se iba a retransmitir el momento más esperado de la época, sus padres se encontraban con ellos con idéntica ilusión.

Recuerdo cuando lanzaron esta misión, comenzó a relatar la madre, yo tenía más o menos vuestra edad y aquello fue el comienzo de una nueva era. Todas las agencias deseaban enviar sondas para investigar Encélado pero ninguna tenía el dinero suficiente para una misión así, un día empezaron a hablar entre ellas de hacer una misión conjunta porque sabían que era la única forma de lograrlo. Durante años gente de todo el mundo estuvieron trabajando codo con codo, aportando tecnologías e ideas hasta que finalizaron la sonda. Cada avance era publicado en los medios, surgiendo un gran interes por la ciencia, que ocupó gran parte de la parrilla televisiva, y se invirtió más dinero en investigación porque cada país quería aportar su granito de arena.

El resultado fue espectacular, la sonda tenía lo último en tecnología. Además de poder viajar hasta Encélado y posarse sobre ella para recoger muestras, tenía unas cámaras capaces de tomar imágenes y vídeo de altísima resolución durante el viaje y mientras estuviese operativa sobre su destino. El día del lanzamiento todo el mundo estaba como nosotros, mirando la tele con los dedos cruzados esperando que todo saliera bien, fue muy emocionante pero lo más bello fueron las imágenes que ha transmitido durante su viaje.

El momento había llegado, la pantalla de televisión comenzó a mostrar la aproximación de la sonda a Encélado, la familia miraba emocionada cómo poco a poco se veían con más nitidez los géiseres de vapor de agua y el brillo del hielo de la superficie, sobre la que caían copos de nieve producidos por el vapor de agua de los géiseres al enfriarse. De repente la imagen desapareció volviéndose todo negro, la familia contuvo la respiración temiendo que la sonda hubiese impactado de forma violenta dejando atrás treinta años de esperanzas. Pasados unos minutos de angustia, la sonda se deshizo de sus *airbags* y paracaídas, desplegó sus ruedas y comenzó a emitir su nueva aventura en aquél mundo helado. La familia pudo ver, entre la capa de hielo y nieve, un río de agua que fluía entre géiseres. Aquél río captó la atención de la sonda, que fue acercándose a tomar su primera muestra de aquél agua y analizarla. Conforme estaba cogiendo el agua hubo un fugaz movimiento de una sombra, la sonda giró la cámara para ver el movimiento y toda la humanidad pudo ver aquél pequeño y curioso ser peludo que les daba la bienvenida.

Ω

¡Vida!

Ramón López

Año 2005. La sonda de la NASA *Cassini* descubre actividad hidrotermal en la luna Encélado de Saturno.

Año 2017. La sonda *Cassini* confirma sin género de dudas la actividad hidrotermal en dicha luna antes de finalizar su exitosa misión.

Año 2020. La NASA aprueba una misión del tipo *Flagship* a Encélado, la misión consistirá en poner en órbita alrededor de Encélado una sonda para el análisis de las fuentes hidrotermales, determinar su origen y comprobar la posible existencia de organismos biológicos en su interior.

Año 2025, La sonda SelMEOS (*Search for Extraterrestrial Life in the Moon Enceladus Of Saturn*) fabricada por un consorcio internacional liderado por la NASA parte hacia Saturno a lomos de un vector Falcon SuperMegaHeavy de SpaceX cuyos 6 cohetes aceleradores, primera y segunda etapas son perfectamente recuperados en 8 barcazas en alta mar en una nueva demostración de la alta eficiencia de esta tecnología desarrollada por los chicos de Elon Musk.

4 de julio de 2031, Coincidiendo con el glorioso día de la patria norteamericana (como no) la sonda SelMEOS entra en órbita de la luna Encélado de Saturno y se dispone a examinar minuciosamente las emanaciones hidrotermales que tienen lugar en el subsuelo de este satélite natural del Señor de los Anillos planetario.

12 de octubre de 2031. Coincidiendo con el glorioso día de la hispanidad (pura casualidad) SelMEOS transmite datos hacia la Tierra que inequívocamente muestran la presencia de organismos biológicos pluricelulares en las nubes de vapor de agua expulsadas al espacio, ¡por fin confirmamos la presencia de vida más allá de las fronteras de nuestro planeta! Los ingenieros de la NASA, presas del júbilo de este magnífico hallazgo, pasan a la fase dos de exploración y concentran la actividad de la sonda sobre el origen de las fuentes termales, barren la zona con los potentes radares de la sonda y toman todo tipo de imágenes en alta resolución y en todos los espectros posibles e imaginables.

28 de diciembre de 2031, 18:56 hora ZULU. La I.A. de nombre JCN8000 propiedad del JPL, comienza el análisis metódico de los últimos datos recolectados por el instrumento FBC (*Fucking Big Camera*) aportación del INTA Español a la sonda SelMEOS y tras un riguroso y detallado análisis, en una de las imágenes ¡detecta un enorme monolito de color negro mate con una dimensiones exactas de 10 x 40 x 90 metros! Indudablemente ha sido fabricado por alguna inteligencia superior y depositado ahí por algún motivo desconocido. En ese instante JCN8000 toma la

iniciativa de examinar su interior, momento en el cual una pequeña chispa de humanidad se adueña de sus circuitos y exclama: «¡Está lleno de organismos biológicos pluricelulares!»

Ω

2037

Emiliano Durán

Buenos Aires, año 2037.

A 14 años del *primer contacto*. NOTA: Es el término usado para mencionar que a partir de los datos de la *Cassini*, se descubrió que en la luna Encélado se estaba emitiendo una débil radiación con un patrón que solo puede producirse de forma artificial.

Una mañana recibo el siguiente *email* de un viejo colega de la NASA: «Tengo una bomba, en los datos de la sonda Ellie vemos que no es que en Encélado exista vida, es la misma luna la que nos está hablando». Encélado me dejó helado por horas. Hasta que me levanté de mi silla y solo pude sonreír mirando hacia el cielo.

Ω

Base Encélado

Desirée Vergaz Aguilera

Misión: búsqueda de vida orgánica en la luna Encélado.
Ubicación de la base: luna de Saturno Encélado.
Estación de investigación I.
Comunicaciones: sonda Cassini II.
Fecha: 2085.
Tripulación: 4.
Días de misión: 2,995 días terrestres.

Han transcurrido varias horas desde que se interrumpieron las comunicaciones con Tierra. Estamos solos, la *Cassini II* se estrelló en la superficie de Titán por causas desconocidas. Hace horas que el comandante realizó una EVA al módulo de comunicaciones de la base para intentar contactar con control de misión. Aún no ha regresado y su traje no resistirá más tiempo a las gélidas temperaturas bajo cero. El segundo oficial y la ingeniera de telecomunicaciones fueron en su busca y tampoco han regresado, no hay comunicación en los trajes. La posibilidad de ser la única superviviente de esta misión es notoria; el ordenador calcula un 90%.

La rotación sincrónica de Encélado con Saturno facilitó la investigación sobre los microorganismos hallados en estado de congelación días antes en la cara oculta de Encélado. Se observó cambios en la estructura molecular al exponerlos a la *mirada de Saturno*. Quizás la gravedad del planeta los despertara de su letargo, por eso la comunicación con Tierra era vital para la seguridad de la tripulación.

Observé destellos de luz en el horizonte, posiblemente de la poderosa radiación de Saturno. El centelleo dibujó figuras que se aproximaban a la base. No era un efecto natural. ¡No puede ser! ¡Dios mío! Es la tripulación. ¡Imposible que hayan sobrevivido! El sensor del módulo de comunicaciones no sé cómo, pero está activado listo para transmitir.

Mensaje a la Tierra: Estación de investigación I, base lunar Encélado. Hallados microorganismos fosilizados. Encélado no presenta indicios de vida alguna, la radiación de Saturno y el viento solar frenan el metabolismo celular. Solicitamos autorización de retorno a la Tierra. Fin de trasmisión.

Ω

Nosotros y ellos

Jordi Piqué Folch

Quince, catorce, trece...

Desde la superficie de su sexta luna, resulta estremecedora la visión que ofrece ese omnipresente gigante gaseoso confinado en un extraño aro de hielo y rocas. Bajo su mirada avanzamos lentamente por la superficie del pequeño satélite con destino a la fuente hidrotermal más próxima. Nuestras mentes intentan retener la claustrofóbica belleza que nos regala el insólito paisaje pues todo resplandece de un violeta fulgurante. Clavamos la mirada en el indicador romboidal del dispositivo de supervivencia. Una única señal y suspenderemos la misión.

Doce, once, diez...

Buscamos vida extraterrestre en otros parajes más prometedores sin sospechar jamás que la gran respuesta se ocultaba en las inmediaciones de los dos planetas más grandes del sistema estelar. No es de extrañar que este diminuto pedrusco haya pasado desapercibido, bañado en un mar de radiación, azotado por fuertes campos gravitatorios y apenas iluminado por su estrella más cercana. Tampoco han ayudado las perturbaciones originadas en el proceso de alimentación del anillo más exterior del planeta que nos vigila desde arriba. Pero todo cambió cuando recibimos los primeros datos procedentes de nuestras sondas de exploración.

Nueve, ocho, siete...

Este pequeño satélite dividirá para siempre las procelosas aguas de la historia de nuestra especie. Aún cuando el hallazgo constate la existencia de vida en sus formas más simples, nuestra dicha será completa pues, por primera vez desde que estudiamos las estrellas, nos sabremos acompañados en este viaje a través de la inmensidad del cosmos.

«Nunca un microcalamar brindará tanta compañía a tantos», en palabras lacónicas de mi comandante de misión.

Seis, cinco, cuatro...

Como zona de aterrizaje eligieron el hemisferio sur, allí donde abundan las rayas de tigre. Los dieciséis megavatios de calor emanados desde esa parte de la luna constituyen un inmenso reclamo imposible de ignorar. A una distancia prudencial de las grandes simas establecemos nuestro campo avanzado. Disponemos el material científico prestos a capturar alguna muestra exhalada por la pluma de vapor más

próxima. Se necesitarán varios minutos de velocidad angular de nuestro satélite para obtener la respuesta que nos ha traído hasta aquí.

Tres, dos, uno...

Siento el vértigo propio de lo inesperado, aunque los hechos parezcan sucederse a cámara lenta. Todo nuestro campo de visión ha quedado inundado por un haz de amarillenta y cegadora luz. Ante mi pasan unos seres gigantescamente grotescos. Sufro náuseas, pero me repongo para contemplar estos entes que utilizan dos de sus cuatro extremidades para desplazarse de forma erguida. Sin duda estamos ante organismos evolutivamente ineficientes pero que, de alguna forma, han conseguido salir adelante. Juraría que se comunican entre ellos pues actúan de forma coordinada.

Algunos de mis compañeros entran en pánico. Las extrañas criaturas se mueven con gran rapidez ya que, al avanzar, sus patas cubren una distancia que para nosotros resulta considerable. Desaparecen con la misma presteza con la que nos rebasaron, pero aún puedo distinguir lo que a mi entender pareciera su distintivo; probablemente moriré sin conocer su significado. *V5VN*.

Fin de la transmisión.

Ω

Panspermia

Daniel

Recepción: 28/08, 17h8m9s hora estándar.
Origen: BR/43667-2@ALAND^RTT.
Para: El Heraldo Marciano, NYT, El Corresponsal del Espacio Profundo, otros.
Origen probable: Base Tifón, Luna Encélado, Parque Protegido 1.
Asunto: Alan Delaware, RTT.

Anexo criptotraslación: tras el mensaje se han detectado emisiones probablemente relacionadas con el uso de armas de aniquilación planetaria de Punto Cero (enlace a grupos de noticias: ¿Quién vigila esto? Adoro las armas del día del juicio y Agarraos, se pierden varias unidades P0)

Texto del mensaje:

No intento justificarme, pero si os voy a matar....os mereceis al menos estas palabras.

Me llamo Alan Delaware, Director del Centro de Investigación RTT de Encélado. Dejé Marte con 93 años, apenas era un niño entonces. Mas ahora que ninguna tecnología puede hacerme seguir viviendo fuera de los cristales de Eisen-Würth, cuando solo me quedaría la insoportable levedad de ser una suma de datos, cuando por fin me acerco a la Barrera de los 500, solo ahora me veo con fuerzas para cometer esta atrocidad. Cuán azaroso es el destino, que me pone en esta situación en las postrimerías de mi vida, una vida dedicada a la ciencia; a comprender y redefinir el origen de la vida; sentenciada a dar muerte a lo único que he amado.

Pues justo ahora que quereis matarnos, justo ahora, os mataré yo primero.

He vivido más de cuatro siglos en esta roca helada, y solo puedo decir una cosa: ha sido un privilegio.

Y no lo digo por el espacio, ¡500 kilómetros de diámetro! Imaginad una luna de 500 kilómetros de diámetro poblado por solo 38 personas. Inimaginable, ¿no es cierto? Vosotros, hacinados, cien trillones de humanos, atrapados en el sistema solar, incapaces a pesar de vuestros ingentes esfuerzos por superar La Insuperable.

Diez milenios hace ya que Imprimimos la Primera Huella, y aquí seguimos, atrapados, incapaces de abandonar esta cárcel.

Pero la vida sigue, seguimos procreando, seguimos colonizando, ¡ni un palmo de tierra libre! ¡Planetas, asteroides, cada luna y trozo de roca del sistema solar! ¡Amontonados, apelotonados, chafándonos, pisoteándonos!

Y ahora... el último mundo libre, Encélado, el origen de la vida, el mundo santuario, ¡el origen de todo! ¿Qué le traeremos?

Ciudades colmena edificadas sobre sus hielos; sus mares convertidos en océanos de basura; organismos nativos expulsados por todo el sistema, nuestros antepasados, destruidos para dejar paso a lo que llamáis la Edad Dorada del Hombre.

No lo permitiré. Jamás.

Por esto lo destruiré. Antes os aniquilaré, borraré vuestro pasado, que permitir que lo mancilléis.

Seguiréis vivos por fuera, pero sin vuestro pasado, estaréis muertos por dentro.

Fin del mensaje.

* * *

Recepción: 03/09, 02h233m11s hora estándar.
Origen: CAM (certificado).
Para: OCC.
Asunto: Evaluación final, de Centro de Actividades de Marte a Oficina Central de Colonización.
SITUACIÓN ACTUAL (referente a): Encélado.

Texto del mensaje:

Estado: nubes de radiación letales cubrirán la luna durante más menos 1000k años. Sugerencia respecto al problema 003 (superpoblación): Ninguna legal.

Cifrado: posible solución/derivando a/Terra Prime_América_CIA.

Fin del mensaje.

Ω

Hielo fundido

Carlos Tomás Flores Soler

Las alarmas no paraban de sonar:

Nave fuera de ruta.

Bajo nivel escudo anillo.

Alta temperatura circuito B

Recomendación operativa: Reactor ppal. OFF

– Capi, Capi. Si sigue aumentando la temperatura en el B deberé desconectar el reactor principal.

– Pero sin reactor no vamos a ninguna parte –masculló Boca-rana, el piloto de la nave y continuó–. Iba a ser superfácil, estaba chupado, seria coser y cantar… ¡¡¡y una mierda !!! Ya te lo dije Capi, no lo hagamos, vayamos de legales… Pero no, tú tenías que salirte con la tuya… y mira ahora, estamos jo…

– ¡¡Cállate ya, Boca-rana!! Que te gusta ladrar más que pilotar –le espetó Pantera Rosa, el segundo de abordo–. Intenta ponernos en la ruta correcta.

– ¿Y con que lo hago? ¿Salgo afuera y me voy tirando pedos? Sin el reactor no tengo propulsión.

– ¿Qué ha pasado finalmente con el reactor?” – preguntó Capi.

– Lo ha desconectado el Obispo.

– Ya sabes, Capi, los proverbios dicen que es sagaz el que actúa con conocimiento, y si no lo hubiese apagado ahora tendríamos otro grave problema.

– A ver Boca-rana, Dime qué nos funciona.

– Pues. La cafetera, el microondas, la música…. Ah, y los propulsores fríos y los auxiliares.

– Pues usa lo que tenemos. Obispo, como ingeniero, ¿qué acción recomiendas?

– Deberíamos enfriar este bicho... Y si queremos volver de una pieza y no llenos de taras genéticas, tendríamos que buscar agua para rellenar el escudo anillo, los disparos nos han hecho un buen *bujero* en los depósitos.

Tras unos momentos de discusión, Capi (el capitán de la nave) llegó a la conclusión que no había más remedio que aterrizar en Encélado, fundir hielo, recargar los depósitos y de paso enfriar el reactor a niveles seguros.

– Estáis locos. Definitivamente locos. Queréis que una nave con 5 millones de TM de hidrocarburos sacados de forma furtiva de Titán, aterrice en Encélado, cojamos hielo, lo fundamos y rellenemos lo que nos falta… Locos, sois unos locos.

– Sí es una locura, pero no nos queda otro remedio –dijo Pantera Rosa–. Además el Capi ha tomado una decisión y, aparte de hablar mucho, eres el único piloto capaz de bajar y subir este cacharro.

– Los salmos nos dicen: «Jehová es mi pastor… aunque ande en el valle de sombra profunda no temo nada malo». Venga Boca-rana no nos va a pasar nada, tan solo es una luna de 500 km de diámetro en la que sin duda tu puedes aterrizar.

– Pues dile a tu Jehová que me eche una manita, Obispo. Sin el reactor principal va a ser duro y arriesgado…pero para coj… los míos…

Una vez aterrizados, Obispo, Pantera Rosa y Lata («Será posible, yo que soy el Enfermero Médico para Emergencias, ¡me van a usar como ajusta-tuercas! No, si me tendré que quejar al defensor de inteligencias artificiales») se dirigieron al exterior de la nave y con paciencia («Es un fruto del espíritu de Dios» no paraba de repetir Obispo día tras día) repararon las averías: el agujero en el depósito del escudo, la regulación del refrigerante del reactor principal, y algún desperfecto más. Mientras en la nave Capi y Boca-rana calculaban cuanto de la carga tendrían que usar para propulsarse hacia el destino.

Una vez todo reparado y en pleno funcionamiento, se calculó que serían necesarias unas 300.000 TM de la carga para corregir el desvío de la órbita y el despegue desde Encélado, dejando el propulsor estándar para el resto del viaje.

– Aquí Capi, Pantera da órdenes.

– Todos, abrochaos los cinturones. Boca-rana, máxima potencia. Obispo, ora por nosotros. Lata, prepárate por si hay algún herido, despegamos a casa.

Ω

I shall return

Fernando Morales Prieto

«Tras varios siglos sin noticias de aquellos terrestres, los que fueron abandonados durante el siglo 21 por nuestros antepasados de forma fría y calculada en la luna Encélado, en todos estos siglos –como digo– nadie había osado proponer ni tan solo una misión espacial que pretendiera confirmar su destino».

El primer año que ella pisó la Casa Blanca lo hizo como asesora de su padre, recién nombrado Presidente. Aquel mismo año los datos enviados por la sonda *Cassini* apuntaron la posibilidad de vida extraterrestre en Encélado, al suponer fuentes hidrotermales en su interior. Fue entonces cuando su padre y mentor mandató otra misión que confirmara o desmintiera esa hipótesis.

Al nuevo proyecto se le denominó *Wanted*, y se configuró al más puro estilo americano. Junto a los ingentes fondos públicos se contó con gran participación de empresas y corporaciones *amigas*, cada una con su propio interés. El secretismo aumentó excusado en una constante alerta anti-terrorista. Sin embargo la idea principal era evidente:

Se buscan
seres extraterrestres
vivos o muertos.

La suerte quiso que los resultados de la sonda *Wanted* se conocieran décadas después, justo cuando ella volvía a pisar la Casa Blanca investida por la autoridad que siempre ha ostentado su principal inquilino. A partir de ese momento, para asombro de todos, quien fuera la primera mujer presidente de los Estados Unidos de América decidió centrar el esfuerzo de su futuro programa espacial y militar en Encélado, un diminuto astro helado que se escondía entre los anillos de Saturno.

De la siguiente misión, cuyo nombre clave fue *Trojan*, poco o nada se dijo al exterior. Pocos hubiesen creído que la presidente de los Estados Unidos había ordenado una operación de conquista, el ataque premeditado de un habitante planetario a otro de nuestro propio sistema solar. Ella nunca conoció los frutos de aquella empresa. Repentinamente tuvo que desaparecer para evitar dar explicaciones sobre el origen de un arsenal biológico interceptado ese mismo año en Alaska. Sin embargo murió feliz, con la convicción de haber aportado, aunque fuera por azar, una solución definitiva para la terrible hipoteca que heredó de su padre.

El programa *Trojan* nació por azar mientras conversaba a puerta cerrada con el Administrador de la NASA. Tras admitir que el asunto sobrepasaba con mucho sus conocimientos científicos, se levantó y dijo:

– A ver. Si toda esa luna está como el polo ártico, cubierta de hielo sobre un gran mar, y si es cierto que el enemigo vive nadando en su interior... Solo se me ocurre mandar osos.

Eureka, Señora Presidente, osos. Pero no osos polares ni osos pardos republicanos. ¡Osos de agua! ¿Quiénes si no podrían competir con aquella extraña bacteria extraterrestre que amenazaba nuestra biodiversidad? ¿Cómo evitar que otras expediciones privadas o extranjeras obtuvieran tan potente arma biológica de forma indiscriminada?

Poco entendía ella sobre los tardígrados, microscópicos invertebrados comúnmente llamados *osos de agua*, pero eran muchos los informes elaborados por la NASA sobre sus extraordinarias cualidades y su probada resistencia frente a innumerables catástrofes y extinciones.

Han pasado ya varios siglos sin noticias de aquellos terrestres, pequeños osos de agua abandonados de forma fría y calculada en la luna Encélado. Ahora, tras conocer los resultados de la ambiciosa misión que encomendamos a la sonda espacial *McArthur*, podemos concluir:

De las poblaciones de tardígrados enviados hace 500 años en un sustrato de algas marinas, quedan al menos 4 especies que conquistaron el ecosistema hostil.
Se han tomado muestras de varios miles de supervivientes totalmente inmunes.
Nuestros osos de agua *han vuelto a superar todas las expectativas.*

Ω

La visita

Fernando Gª-Quismondo

Frank “Jazz” Den, comandante y único tripulante de la misión, se dirigió al punto de lanzamiento. Había entrenado duramente, y estaba preparado para aquel momento.

Aun así, era su primera vez y no pudo evitar sentir un escalofrío al pensar en su familia. Se había preparado para la soledad en el espacio, y era consciente de que algo podría salir mal, pero desechó aquellos temores. Los datos recibidos desde las sondas que se habían mandado con anterioridad parecían apuntar a la posible existencia de vida, y él tenía la responsabilidad de confirmar aquel descubrimiento, protagonizando una misión que quizá cambiaría para siempre la percepción del cosmos. No podía fallar.

Se ubicó en posición y comprobó por última vez el estado de su traje. Vio fugazmente cómo alrededor del lugar de lanzamiento la numerosa multitud se agolpaba y observaba con atención aquel momento histórico, y siguió la cuenta atrás mentalmente:

10... 9... (...) 2... 1... 0. Den sintió la presión empujándole con una fuerza atronadora. La temperatura subió hasta límites insospechados mientras sentía cómo su cuerpo era impulsado hacia arriba, hacia el universo, hacia lo desconocido.

Pensó por unos instantes que no lo conseguiría, que el calor desgarraría el traje y el cambio de presión en el espacio exterior reventaría sus órganos internos. Intentó ignorarlo, pero la temperatura a su alrededor seguía aumentando, y la velocidad y la presión eran insoportables. A pesar del entrenamiento, Den no pudo evitar desvanecerse.

Cuando recuperó la consciencia, pasados unos segundos, miró a su alrededor. El negro espacio, tachonado de estrellas, parecía contemplarle con aprobación. Lo había conseguido. Comprobó de nuevo que todo estaba en orden y giró lentamente sobre su eje, activando los sensores que mandarían la señal a la base. Miró a través de la escafandra del traje, y... la vio.

Allí estaba. Aunque su forma no era exactamente igual a la suya, resultaba claramente familiar. Su cabeza era más plana que la de Den, y contaba con menos extremidades: Tan solo unos finos brazos, más un tentáculo principal de mayor grosor, como correspondía a cualquier forma de vida inteligente.

Su superficie parecía metálica. Quizá era el material del que estaba hecho su traje espacial, aunque la distancia no permitía confirmar este punto, ni tampoco alcanzar a ver la pequeñísima placa que indicaba su nombre en un costado: *Cassini*.

Den estuvo a punto de detenerse y alzar sus brazos para saludar a la criatura, pero se contuvo y se concentró en la misión: Envió toda la información a la base, confiando en que la grieta en el hielo no se hubiera cerrado aún detrás de él, y que la emisión de gases que le había acompañado no provocase interferencias en la señal.

Era un momento histórico. Sí, finalmente se confirmaba lo que muchos sospechaban. Había vida inteligente como la suya más allá de la superficie helada. Alzó los ojos a través de la oscuridad sobre los majestuosos anillos del gigantesco planeta vecino y, tras aquella criatura que parecía observarle fijamente, identificó sin dificultad aquel lejano y tenue punto azul donde, eones atrás, habían enviado sondas en busca de vida.

Den cerró los ojos, preparándose para el largo viaje. Sí, era hora de volver a hacerles una visita…

Ω

¡Touch Down!

Adolfo Sanz Anchelergues

– Señor, definitivamente hemos perdido la sonda.

Aunque todas las señales se habían cortado súbitamente hacía ya casi 20 horas, aún mantenía la esperanza de recuperarla y continuar en la carrera.

Era demasiado pronto. Después de 6 años cruzando el sistema solar a una enorme velocidad, la *Enceladus TouchDown* ya estaba orbitando Encélado, buscando un sitio adecuado en el pequeño satélite. Habían arriesgado mucho para llegar tan pronto, para compensar la desventaja inicial de tener que llegar tan lejos. Desde luego, peor lo tenían los que se dirigían a Plutón, que aún tardarían tres años en llegar a su destino, o el equipo de Tritón. Pero el equipo de Ceres ya llevaba dos años allí y aunque no había encontrado nada, eran los únicos que ya estaban haciendo estudios *in situ*. Aunque al Mayor siempre le habían preocupado el equipo Júpiter y su enorme sonda con tres aterrizadores. Su apuesta había sido diferente: asegurar la llegada y la correcta inserción en la órbita de Júpiter y luego ir dejando sondas sobre Europa, Calisto y Ganímedes.

Ellos habían renunciado a explorar Mimas y ahora se habían quedado sin nada. Habían quedado fuera de la competición, de ganar el multimillonario premio que a principios de la década de los 20 algunos de los más famosos filántropos mundiales habían convocado para encontrar vida extraterrestre.

Al principio todos los ojos se centraron en Marte, pero la *Mars 2020* no había encontrado nada vivo. Así que los equipos empezaron a pensar a lo grande y apuntaron a los mundos oceánicos del sistema solar exterior.

Su idea había sido ir lo más rápido posible, aprovechar a Saturno para frenar, ponerse en órbita de Encélado, estudiar durante unas cuantas semanas las *rayas de tigre*, esas fisuras por las que salía agua del océano interior en forma de géiser. A partir de esos datos buscarían una por la que lanzar una docena de minisondas del tamaño y forma de una pelota de rugbi (para todos los estadounidenses del equipo eran pelotas de fútbol americano pero para un inglés, esas pelotas sólo podían ser de rugbi).

Pero no había dado tiempo, algo había impactado contra la ETD y ahora estaba totalmente perdida.

El técnico de transmisiones seguía en su despacho y lo cierto es que no parecía tan abatido como cabría esperar.

– Señor, ¿me está escuchando?

– Disculpe, ¿qué me acaba de decir?

– Tiene que venir a ver la última imagen que envió la ETD.

Así que bajaron a la sala de control. Allí todo el mundo estaba alrededor de un monitor. Cuando llegaron, el técnico pidió que le mostrasen la imagen y, mientras el Mayor abría más y más la boca, recitó el comentario deportivo más famoso de la historia de la humanidad.

– Señor, el análisis de la última imagen enviada por la ETD nos hace pensar que a las 03.14 de esta mañana un especie de calamar de unos 2 metros ha hecho *Touchdown* sobre la ETD cuando atravesaba el géiser de Cairo Sulcus.

Ω

2051

Alberto Corbi

HAL fue despertado una vez más. Desde que su esencia fuera absorbida por TMA-2 en 2010, este acontecimiento había tenido lugar 21 veces antes. La comunicación era siempre con la *entidad Bowman*, o lo que otrora fuera David Bowman. En cada despertar se sentía más unido a lo que quedaba del humano que intentó asesinar 5 décadas atrás. Siguiendo esta progresión, dentro de otros 17 despertares ya no habría ninguna diferencia entre David y él. Ya no se podría hacer distinción entre la consciencia del hombre y la de la máquina, siempre y cuando el Monolito así lo quisiera.

Como en el resto de ocasiones en las que HAL era *re-activado*, nuevamente se requería por su parte la realización de un cálculo complejo. El TMA-2 se había vuelvo *cómodo*, delegando parte de las necesidades de computación en HAL, lo cual nunca había comprendido. En general, la máquina alienígena se comportaba con HAL como lo hacían sus antiguos instructores y programadores en la Tierra, o incluso Bowman antes de... *mutar*. El Monolito era distante y *ajeno*, como queriendo marcar claramente la diferencia entre una inteligencia artificial superior y otra inferior, o como entre un humano y una *mera computadora 9000*. Dentro del Monolito, HAL era un mero siervo... un coprocesador. El único ser humano que le había profesado *afecto* era sin duda Chandra.

Bowman comunicó a HAL que el Monolito estaba interesado en cuantificar las perturbaciones que la presencia de Lucifer, la nueva estrella del sistema solar, podría tener en Encélado. Bowman viajaría al satélite joviano, lo cual le llevaría 3381 segundos y reportaría a HAL y al TMA-2 sus descubrimientos. Así ocurrió exactamente. Ciertamente, HAL estaba ansioso por conocer las perspectivas de formación de vida en la luna del gigante gaseoso (porque, sin duda, de eso se trataba), pero sobretodo tenía curiosidad por la respuesta de su anfitrión ante una situación inesperada. Si su superior jerárquico necesitaba un respaldo computacional tan importante, era sin duda porque se había *equivocado* en sus previsiones... y HAL no podía negar cierto placer en ello.

HAL estaba preparado para procesar los datos recabados por Bowman sobre Encélado y así hizo diligentemente, movido tanto por su programación como por la propia curiosidad con la que fue concebido. Bajo el incremento de radiación por parte del antiguo Júpiter, los resultados arrojaban una previsión de vida *paramecial* en 376 años. Esta información fue devuelta a Bowman quién a su vez la transmitió al Monolito, siguiendo el escalafón. La respuesta para HAL fue una repentina y dictatorial puesta en hibernación.

HAL soñó 10 años hasta que fue nuevamente avivado en 2061. Bowman le actualizó: el Monolito había desestimado Encélado y seguía concentrando sus esfuerzos en el floreciente Europa y... en la Tierra. No iban a darse más *intervenciones* en el Sistema Solar. Encélado estaba a su suerte. Como en las anteriores 22 reactivaciones, HAL aguardó instrucciones y Bowman no tardó en ponerle al corriente: «HAL, tenemos trabajo. Algo ha ocurrido en Europa. Nuestro amigo común, el Dr. Floyd está allí».

Ω

Fin

David Rodríguez Pérez

Cuando tuvimos la certeza de que nuestro propio hogar nos mataría antes de poder salir de ella, un sentimiento de aceptación se apoderó de nuestra civilización.

Fue curioso que después de milenios de guerras y luchas fratricidas, fuera el hecho de enfrentarnos a la extinción, y no otro, el que consiguiera generar por primera vez en nuestra historia una conciencia global de unidad planetaria.

Pero llego demasiado tarde.

Los que saben dieron la alarma mucho antes. Teníamos fecha de caducidad y, o hacíamos algo ya, o no nos daría tiempo. Pero los que mandan no estaban preparados para tomar decisiones, ellos nunca lo están.

A pesar de los esfuerzos que llevamos a cabo en las cercanías del final, nunca conseguiríamos continuar nuestro desarrollo en otro planeta. Ya no había retorno.

Siempre pensé que llegado ese momento nos abandonaríamos al caos, pero lo que de verdad teníamos dentro salió a la luz. Nos enfrentamos a nuestro desenlace en armonía y hermandad.

Seguramente demostramos al universo que somos una forma de vida digna de sobrevivir. Fue una pena que no hubiera nadie observando, nadie que recompensará nuestra impecable actitud ante lo inevitable lanzándonos un salvavidas.

Y Dios, como en el resto de desgracias que nos tocó vivir en nuestra historia, tampoco hizo acto de presencia.

Fue entonces cuando alguien tuvo la idea.

Hasta ese momento nuestros esfuerzos estaban dirigidos a llegar a otro planeta y poder crear una colonia. Esto no salvaría de la muerte al 99,99% de la población, pero si nos permitiría volver a empezar como especie.

Alguien pensó entonces que si bien nosotros ya no podríamos conseguirlo, quizá si lo pudiera hacer la vida. Eso es lo que había que salvar.

Entendimos la evolución como un árbol del que habían ido surgiendo, creciendo y muriendo ramas a partir de un incierto origen. Nosotros éramos una rama más, no éramos la semilla, ni tampoco el fruto. No salvaríamos la rama, pero quizá pudiéramos sacar un esqueje y conseguir que el árbol tuviera una segunda

oportunidad en otro planeta. Es más, quizá el origen de nuestro árbol fuera un esqueje de algún otro.

Fue así, como en nuestros últimos tiempos tuvimos un objetivo, algo en que centrar nuestros esfuerzos. Y lo más importante, algo que diera cierto sentido nuestra existencia.

Así, sembramos nuestro sistema solar de esquejes de vida, centrándonos en aquellos trozos de roca en los que hubiera agua, porque según los que saben, sin agua, nuestros esquejes no germinarían.

Nuestra obsesión por transcender, de una u otra forma, nos ayudó a enfrentarnos al final, a tener esperanza.

Ojalá hayamos tenido éxito.

Me gustaría que la vida no se haya acabado aquí.

Me gustaría que esta pequeña luna, al lado de un majestuoso planeta anillado, sea el principio de muchas cosas.

Puede que el tercer planeta, el azul con un único satélite.

Puede que la vida consiga continuar en él.

Quizá algún día consiga regresar y tener conocimiento de que este fue su origen, y de que no fuimos nada.

Ω

Termonautas

Alberto Valls

En control de misión el encargado de llevar la cuenta regresiva retrajo su último pseudópodo y la enorme pantalla bioluminiscente parpadeó con una fosforescencia verdosa. Era la señal de partida para la nave con forma de molécula de agua. La nave traqueteaba enganchada en una maraña de cables siendo retenida a duras penas en el centro del chorro hidrotermal ascendente. Con luz verde, las amarras se soltaron y la nave salió disparada hacia arriba arrastrada por la potente corriente.

En el pequeño habitáculo el comandante de la misión sabía que estos eran los momentos más críticos del lanzamiento, pues la cápsula giraba salvajemente en el flujo de corrientes de convección. Poco a poco el giro iría estabilizándose hasta reducir al mínimo la rotación. O al menos eso decían los ingenieros, maldita fuera su vejiga ventral.

Afortunadamente, todo empezó a suceder tal y como estaba previsto y pronto sabrían si la nave saldría por la estrecha grieta hacia la superficie o se estrellarían contra la helada corteza que todo lo cubría. Para un termonauta no había término medio. La gloria o la muerte, y la anterior tripulación había encontrado lo segundo. Se tomó un instante para pensar en los otros dos navegantes que lo acompañaban. Por supuesto, habían elegido a un miembro de cada uno de los tres sexos para tan histórica misión.

Al final todo salió bien, pero fue demasiado rápido para darse cuenta. De pronto se sintieron enfermos como si les hubieran dado la vuelta a sus entrañas como a un calcetín, y un brillo cegador les hizo un daño insoportable a sus tentáculos fotorreceptores. ¡Habían salido por la grieta! Ahora según los científicos, tras atravesar una capa de gas enrarecido, caerían sobre la superficie líquida de un océano equivalente al que habían abandonado.

Sin embargo pronto se percataron de que todo estaba mal. Había mucha radiación luminosa. A duras penas identificaron la grieta de escape en un gran páramo de una blancura insoportable.

No obstante lo mas extraño fue lo que vieron del otro lado. Una gigantesca esfera colgaba de la nada rodeada por un puente de hielo que al parecer la abarcaba completamente. Pero la nave no estaba diseñada para ese vacío tremendamente frío. Los termonautas se morían y se abrazaron formando una esfera con todos sus pseudópodos entrelazados. Pero el comandante, sumido en la tristeza no podía dejar de mirar con algún tentáculo por las minúsculas escotillas de observación. Y entonces lo vió. Pasó muy veloz, pero dejó una indeleble imagen en su mente. Había hecho un gran descubrimiento, algo maravilloso. Otros seres poblaban los vacíos insondables

más allá de lo conocido, y mientras perdía la consciencia valoró el resultado de la misión con una punzada de orgullo. La muerte, si, pero también la gloria.

La sonda *Cassini* sobrevoló los tenues géiseres de Encélado recogiendo muestras de su composición, pasando indiferente ante la diminuta nave que contenía los cadáveres de los valientes termonautas que se dirigía a los anillos de Saturno para su eterno reposo.

Ω

Una maldita bola de nieve

Íñigo Garcés

Era la primera vez que viajaba a Encélado y eso fue lo primero que me vino a la cabeza tras aquel eterno viaje.

No podía apartar la mirada de la ventana. Aquella esfera blanca repleta de cicatrices tenía toda mi atención, esperaba ver alguno de sus famosos géiseres que por años habíamos visto en imágenes.

La que había sido la joya de la corona terrestre durante años, había pasado a un segundo plano tras la infructuosa búsqueda de vida en su interior. Millones y millones gastados y años de dedicación a su exploración no habían dado fruto alguno.

Recientemente había recuperado su antiguo protagonismo.

Las corporaciones, tenían puesto sus ojos en Encélado, y los juzgados bullían de abogados que argumentaban la necesidad de sus clientes de explotar los recursos hídricos de la luna, frente a un gobierno que defendían su preservación con ideas, más bien sueños, de encontrar vida al fin.

La tensión había llegado al punto en el que el gobierno terrestre, hoy en día unido bajo el paraguas de la UEA (*United Earth Alliance*), había decidido situar una estación militar en órbita y un destacamento en la superficie, con el riesgo que ello suponía.

Una estática me sacó de mis pensamientos. Era la radio. Estábamos cerca.

– Aquí estación militar Ymir de la UEA, detengan su aproximación e identifíquense.

El piloto dirigió su mirada hacía mí en busca de una respuesta. Asentí.

Con un ligero encendido de los propulsores delanteros la nave detuvo su marcha.

– Carguero terrestre Illinois, código 9411002, solicitando permiso para el acoplamiento.

Silencio. La persona al otro lado de la radio comprobaba el manifiesto, algo habitual en cualquier estación.

– Confirmado Illinois, llegan un día antes de lo previsto, los chicos se lo van a agradecer, proceda con el acoplamiento.

Los motores de la nave volvieron a la vida y nos puso de nuevo en rumbo a la estación.

La actividad a mi alrededor se había acelerado con gente corriendo de aquí para allá llevando toda clase de equipos. Debía dirigirme al almacén, el cual la tripulación había tenido a bien improvisar como sala para los trajes.

Siempre había odiado ponerme un traje EVA. Pese a que no tenía nada que ver con aquellos rudimentarios trajes que usaban en la Estación Espacial Internacional hacía más de un siglo, sentía como si me metiera en una burbuja, limitaba los movimientos y lo que es peor la visión periférica.

Sin embargo la situación lo requería, las cosas iban a ponerse feas y toda precaución era poca ante una posible despresurización.

Una vez acabé de comprobar los sellos del traje y los sistemas de comunicación, recogí mi arma y me uní a mis hombres.

Sabíamos que lo que íbamos a hacer tendría consecuencias e incluso que podría llevarnos a una guerra en el Sistema Solar…

Ω

Desideratum

Alexander Pineda

La historia del hombre del que deseo hablarles, no es la historia de un hombre que salva vidas, que toma una hoja en blanco y crea de cero magnificas estructuras o que toma un pincel y con él generar catarsis. Lo que hizo mi abuelo, según mi padre, hace dos décadas ya, no fue más que un viaje, y todos en este pequeño salón de escuela, sabemos que es un viaje como tal, a pesar de que muchos aquí, quizá, no alcancemos ni una década de vida en la historia de nuestra especie, todos nos sentimos ya, desde los albores de la vida atraídos por la aventura y la curiosidad que brinda lo desconocido y lo lejano, aquello inexplorado ¿Acaso no son estos los primeros impulsos que sentimos luego de nacer? Si, queremos saborearlo todo –alcanzarlo todo–. Al menos, Abraham, mi hermano de dos años, sí que lo hace.

Pero el viaje que hoy deseo compartirles, se hace escuchar por sí solo, como todo viaje en el que su magnitud y singularidad, alimentado por esos primeros deseos de la vida humana, trasciende a los limites auto impuestos, a los miedos y nuestra individualidad se releva ante la necesidad ventajosa de la unidad común. Todos hemos visto esas antiguas imágenes de satélites, que, como titanes, dejaron atrás la tierra, para poder dar cara a titanes exteriores, descubriendo así lo dificultoso que es, encontrar en las lejanías espaciales la particularidad más significativa que nos obsequia nuestro planeta, la vida. Pero esto, solo nos volvió más meticulosos y perseverantes, alcanzamos la luna, el planeta rojo nos permitió habitarle, nuestras autopistas se volvieron rutas a los bordes de nuestro sistema planetario, allí donde los vientos de nuestra estrella, abrazan el aliento de muchas otras estrellas lejanas; la analogía de siglos anteriores a estos eventos, cuando los hombres se preparaban para la guerra y el enriquecimiento de las naciones con la aniquilación de otras, nos dejan en claro que somos mejores de lo que habíamos pensado, que las diferencias son nuestra más grande ventaja y que al aprovecharlas la historia nos recuerda gratamente como descubrimos continentes y estrellas, les alcanzamos.

Uno de esos grandes arribos tendría lugar en la historia exactamente cien años después de que la humanidad hiciera su primer gran arribo espacial, la luna. Curiosamente, esta vez en otra luna, Encélado. Ésta musa espacial se dejaría encantar y le mostraría su secreto a la presencia de seis extraños terrícolas, entre ellos, Abraham primero, el padre mi padre, el abuelo de su servidor. Aun así, todos aquí somos capaces de comprender el riesgo que implica un viaje de tal magnitud, como nuestros anteriores también lo sabían. Así que el encanto no llegaría sin antes cobrar su precio a cambio de su secreto y encanto. El pequeño recipiente que pueden observar ante ustedes, sobre el escritorio de nuestra profesora, contiene un trozo de aquel cuerpo satelital, ese pequeño e insignificante y escaso trozo de silicio encéladico, es uno de los recuerdos materiales más importantes, no solo porque

evoque el viaje de mi abuelo, sino porque nos recuerda que, aunque la vida sea uno de los peligros más grandes para la vida misma, la vida inevitablemente buscará la vida hasta encontrarse o perderse.

Ω

Otro ombligo para el mundo

Pedro Pablo Navarro

Año 2037. Diario de a bordo de la nave estelar de investigación planetaria *Rapa Nui IV*:

«Sin novedad en la trayectoria hacia el cuadrante de Saturno en esta cuarta y esperanzadora misión, sólo quedan cinco días para la llegada y estamos activando todos los sistemas de la nave, después de casi tres años de viaje ya va siendo hora de llegar a nuestro destino».

¿Quién lo diría? Ya hace casi 10 años que ocurrió el acontecimiento que nadie hubiera imaginado, ningún homínido fue testigo de un suceso parecido, ni estaba previsto que ocurriera algo semejante, ni que la raza humana lo viese, simplemente, parecía imposible, ni el gran supercomputador cuántico recién estrenado de 120.000 qubits, fue capaz de predecirlo, eso sí, calculó la probabilidad de 1 entre 100 millones de que algo así ocurriese. Pero ocurrió, uno de los dos planetas enanos más grande del cinturón de Kuiper, el denominado Make-Make en honor al Dios Rapanui, iba a ser el protagonista y desencadenante del acontecimiento que haría dar un salto de gigante a la Humanidad, un nuevo ombligo para el mundo a más de 100 minutos-luz de distancia.

Las que primero dieron el aviso fueron las 18 nano-sondas que se enviaron a inspeccionar los confines de nuestro Sistema Solar allá por el año 2025, diseñadas en la recientemente creada *Hawking Corporation*. Fueron ellas las que mandaron los primeros datos de la singularidad que estaba ocurriendo en Make-Make, ese pequeño planeta que no se sabe aún por qué motivo ganó masa y cambió su trayectoria, modificándola de tal modo que la elipse se cerraba alrededor del Sol y pasaba muy cerca de Júpiter, demasiado cerca. Los datos eran confusos y la comunidad científica no se ponía de acuerdo ni en lo que parecía que estaba ocurriendo ni en las consecuencias que traería.

A continuación, fue el telescopio más potente de la Tierra, el TMT de la isla de La Palma, en Canarias, el que se encargó de confirmar los datos enviados por las sondas, todos los recursos del telescopio se pusieron en marcha, se activaron los diferentes canales de frecuencia y se sacó el máximo provecho a su óptica adaptativa. El potente telescopio de 30 metros corroboró de inmediato el cambio de composición química y masa que se había producido en Make-Make y comenzó el seguimiento sistemático de su trayectoria.

Lo que vino en los años siguientes fue todo un espectáculo estelar, en los boletines de la comunidad científica, se hacían ajustes de la órbita de Make-Make frecuentemente y… sí, ocurrió. Make-Make, en su órbita alrededor del Sol, fue

atraído por Júpiter e hizo que pasase cerca de Saturno, tan cerca que rozó una de sus lunas y derritió el hielo de sus 40 km de espesor. La Humanidad estaba de enhorabuena, es el motivo de nuestra misión y a cinco días de llegar, podemos ver, a través del cristal de la nave, un azul y nuevo ombligo del mundo, cubierto en un 70% por agua líquida, el ex-satélite y nuevo planeta: Encélado.

Ω

Día 59

Marta Flores Rubias

Día 59 de nuestra estancia en Encélado. Son las 8:16. Vuelvo a hacer lo de cada mañana, enviar el mensaje:

«Aquí Casandra Olland, tripulante de la Artemis, miembro del grupo Atenea para investigar la luna de Encélado. Hace unos días tuvimos un accidente en la base, todos murieron menos yo. Solicito ayuda de las bases de Titán o Tetis. Vengan a rescatarme, por favor».

De momento nadie ha contestado, pero aún tengo algo de esperanza.

Recuerdo perfectamente el día del accidente. Nuestro equipo estaba formado por siete personas. Todos se encontraban cerca del reactor principal mientras que yo estaba alejada analizando unas muestras de hielo en el laboratorio. Las alarmas empezaron a sonar y sentí un empujón que me estampó contra la mesa. El ordenador repetía: «Puerta de seguridad cerrada». Me acerqué a la puerta de seguridad y comprobé a través del cristal que todos los del equipo habían muerto congelados. Me senté en el suelo, apoyando la espalda en la pared. Un nudo se formó en mi garganta, conseguí hacerlo bajar hasta el estómago, donde se deshizo en un sollozo. Le grite al ordenador que abriese la puerta pero me advirtió que me congelaría. «¡Pues que así sea!», grité. Pero siguió sin abrir la puerta.

Me quede allí sentada una hora, por lo menos, golpeaba la puerta pidiéndole al ordenador que la abriese una y otra vez, pero eso no pasaba, claro. Tardé en darme cuenta de que todos aquellos que habían sido mis compañeros estos últimos días ya estaban muertos, no podía hacer nada por ellos. Si seguía así lo único que conseguiría sería matarme a mí también. Por culpa de la explosión gran parte de los suministros se había perdido. El ordenador tenía algún que otro fallo y el oxígeno había disminuido. Calculé que tendría para sesenta días, más o menos. Pero algo calculé mal, ya no me queda suficiente oxígeno para sobrevivir hasta mañana, ni siquiera sé si podré llegar hasta las 13:00.

Empiezo a marearme cada vez que cojo aire, y sé por qué es: envenenamiento por CO_2. Me dirijo a una de las zonas de trajes espaciales y me visto con uno de esos monos blancos que incluyen casco y algo de oxígeno. Cojo la grabadora y la engancho al cinturón. Le ordeno al ordenador que abra la puerta. Esta vez me hace caso porque llevo el traje.

Allí están los cadáveres de mis compañeros, congelados. El piloto tiene los ojos abiertos y cara de asustado. «Oh, Billy… Solo eras un crío», susurro para mis adentros. Lloro en silencio. Luego me levanto y me siento en una pequeña duna de

hielo. Desde aquí los anillos de Saturno parecen lo más bonito del Sistema Solar. Ahora sé que moriré admirando un gigante gaseoso, sentada en el hielo de Encélado. Siento una gran tranquilidad y me gustaría decir: «Oh, Dios mío… Está lleno de estrellas», pero eso ya está dicho. Así que simplemente contemplo los anillos y las estrellas. Es justo en ese momento cuando recibo una transmisión: «Casandra Olland, ¿sigue ahí? Vamos a por usted, aguante solo un poco». Quiero contestar, pero no puedo. Lágrimas de alegría se deslizan por mis mejillas. Contemplo los anillos, esperando a que aparezca ese puntito de luz de la nave que me salvará.

Ω

Uno

José Cascales Vázquez

Orden mental.

– Iniciando maniobra de aproximación.

La velocidad de la nave disminuye hasta ajustarse a la de rotación del satélite.

Orden mental.

– Descenso. Nivel superficie +3.

El sobrevuelo por Encélado es un contraste visual único en el sistema solar.

Regiones lisas y pulidas, ausentes de cráteres y zonas acribilladas de impactos con boquetes deformes dejan paso a valles lineales y cinturones de surcos curvilíneos.

Mis ojos no prestan atención a las pantallas. Intento no perderme detalle mientras siento el frío extremo observando el blanco helado que lo envuelve todo.

El paisaje se transforma a medida que me acerco a mi destino, el polo sur.

Predominan las llanuras planas, quebradas por las fracturas y crestas de hielo que se abren y cierran, rematadas por pinceladas de azul cobalto como las que hubiera coloreado un Monet del siglo XXII.

Maravillas en un satélite de quinientos metros de diámetro en el tenue anillo E de Saturno.

En el horizonte asoman las *rayas de tigre*, las rejillas de ventilación por las que escapan los vapores y finas partículas de hielo, que son expulsadas con furia desde las entrañas de la *bola de nieve*.

Zonas equivalentes a las cordilleras centrales de los océanos terrestres, donde el material emerge, crea una nueva corteza y el expulsado por los géiseres acaba por volver a caer y taponar la fuente en un ciclo que dura milenios.

Surge una fractura unos metros más adelante, por donde aflora nuevo material.

He llegado a la puerta de acceso del averno de Encélado.

Orden mental.

– Armar y ensamblar exoesqueleto.

Unas placas se despliegan por detrás de mi cuerpo, desde el cuello hasta la cintura, de ellas surgen unos cables trenzados que se adhieren, en paralelo, a mis omóplatos, brazos y piernas. Dos de los cables forman unos aros que se ajustan alrededor de mi cuello y cintura. Dos más pequeños lo hacen en mis tobillos. La bolsa amniótica me envuelve, vitrificándose, endureciéndose exteriormente, a la vez que el líquido transparente y protector mana hasta cubrirme como una pompa con imposible relleno.

Accedo al minisubmarino por la rampa de conexión.

Orden mental.

– Acoplado. 3... 2... 1... lanzamiento.

El minisub desciende a la superficie. Se produce un ligero frenado intermitente. La velocidad disminuye hasta detenerse en la vertical de la fractura.

Orden mental.

– Inmersión.

Los propulsores vencen la fuerza de expulsión del material planetario sin incidencias.

Primera capa superada, a partir de aquí la realidad desconocida.

Con una rápida mirada controlo el funcionamiento del equipo de recogida y análisis de material. Los datos se están transfiriendo a la nave sin complicaciones.

La navegación se hace más cómoda. No es necesario ver los registros, la densidad del líquido interior del satélite es menor. La temperatura aumenta.

Por debajo del minisub, aparece una tenue luminiscencia en movimiento. En pocos segundos, me encuentro rodeado de partículas que recuerdan a las medusas terrestres. Aumentan en número. Bailan acompasadas en giros perfectos a mucha velocidad alrededor de la nave, como un solo ser. Parecen haber descubierto mi presencia. La danza se detiene, me siento observado durante los instantes en que tarda en reanudarse el baile hacia el minisubmarino. Lo envuelven.

Un zumbido penetra en mi cabeza mientras las medusas atraviesan las gruesas paredes, igual que los fantasmas con los muros de un castillo. Se adhieren a la bolsa amniótica que traspasan sin romperla. Recubren mi cuerpo. El zumbido aumenta y unas ligeras descargas eléctricas punzan mi nuca.

No soy capaz de articular órdenes mentales, pero estoy sereno.

Las medusas se fusionan convirtiéndose en un manto translúcido que se adapta a mi contorno, desde la cabeza hasta los pies. Una ligera presión y un ligero calor llena mis sentidos. Noto como mis recuerdos, mis conocimientos son absorbidos e imágenes y conocimientos ajenos me invaden.

Ya somos uno.

Ω

Otra maldita piedra suelta

Noel Buigues

Eso es lo que ELE (*Enceladus Life Explorer*), *Elle* para los técnicos del JPL, habría pensado de tener la capacidad para ello. Pese a que su sistema de Inteligencia Artificial Autónomo emula las ecuaciones sinápticas de un perro, como la curiosidad, la fidelidad y la autoconservación, y pese a que dispone de una gran capacidad de toma de decisiones al margen del Control de Misión, *Elle* no puede pensar de forma autoconsciente ni abstracta.

De modo que su CPU se limita a reaccionar, adaptando la posición de la pata que ha fallado al desprenderse el pedazo de hielo y reforzando el equilibrio en las otras cinco, para mantener la posición del cuerpo y no caer y sufrir daños.

Elle sigue caminando, con sus seis patas multiarticuladas, guiado por los parámetros de su programa y por la inteligencia animal que gobierna su toma de decisiones. La combinación de la simulación mental de un ser vivo con la capacidad de un sistema informático se ha revelado una combinación poderosa en la exploración espacial, desde que en 2032 se logró resumir en ecuaciones sinápticas relativamente simples la disposición neural de varias criaturas, la más compleja de ellas, el perro. En el caso de los seres autoconscientes, como bonobos, delfines y, por supuesto, humanos, la tecnología no puede ni aproximarse a ellos… todavía.

En ese momento, el robot insectoide está pasando por una zona en la que es más rápido y seguro usar los extremos puntiagudos de sus patas metálicas, que las ruedas de los codos con las que ha recorrido a moderada velocidad los últimos kilómetros de llanura helada.

Una serie de escarpadas colinas de hielo, roturadas por profundas grietas, dominan esa zona del Polo Sur, ya muy cerca de la región de los géiseres de vapor que han hecho famosa a esta pequeña luna de Saturno. La misión de *Elle* es llegar lo más cerca posible de uno de estas eyecciones del océano subglacial de Encélado y realizar todos los experimentos que alberga su cuerpo, con un claro y definido objetivo: buscar señales inequívocas de Vida.

El Orbitador pasa sobre *Elle*, como hace cada 20 minutos, y las dos máquinas intercambian datos. No hay nuevas órdenes desde la Tierra, así que sigue caminando con precaución, atento a la posición de sus patas, a las posibles trampas ocultas bajo el hielo y a la temperatura interna de su cuerpo. Con un ambiente a -200ºC, depende del calor y la energía producida por sus tres RTG compactos para que la electrónica no se congele y quede varado para siempre en las inhóspitas extensiones heladas que está explorando.

La tenue y finísima nevada que lleva días cayendo muy lentamente sobre su lomo metálico se ha ido incrementando en las últimas horas, señal de que hay un géiser relativamente cerca.

Logra pasar una última cresta de hielo y un extraordinario panorama se extiende ante sus cámaras binoculares: una amplia llanura lisa y casi circular de blancura prístina, y en su centro, un promontorio de hielo del que emerge, con lenta elegancia, un penacho de vapor que se eleva decenas de kilómetros en el espacio. La parte animal de *Elle* 'disfruta' unos momentos del espectáculo, pero las directrices de su programación se imponen, e inicia el descenso por la ladera helada. Un par de horas después llega a la zona llana y decide acelerar. Se agacha, pliega las puntas metálicas de sus patas hacia arriba y las seis ruedas toman contacto con el hielo. Ahora gastará menos energía en moverse, y podrá hacerlo a mayor velocidad. Comprueba sus reservas de energía y parte en dirección al criovolcán.

Casi ha llegado a la suave pendiente de la ladera del volcán de hielo, de unos cien metros de altura, cuando su *instinto* animal se impone al programa. Algo ocurre. No se sabe porqué, pero las sondas con inteligencia híbrida parecen haber retenido características mentales de los animales en los cuales se basan. Es un misterio de la programación que, sin embargo, se ha revelado muy útil en todas las misiones en las que han participado. Se detiene y mira hacia abajo, hacia el suelo helado. Rasca con la pata la nieve acumulada y se encuentra con el hielo de debajo. Aunque oscuro, da la sensación de ser transparente. El radar del orbitador, que vuelve a pasar sobre él, le informa que, sorprendentemente, en ese lugar el hielo apenas tiene un par de metros de espesor, cuando debería de ser de cientos de metros, o incluso kilómetros. Toda la llanura parece ser una especie de cráter cubierto por una delgada lámina de hielo que aísla el agua líquida que hay debajo del vacío espacial.

La *sensación* que lo ha detenido en ese punto vuelve a repetirse y usa todos los filtros de sus cámaras y los dispositivos de su cabeza para escudriñar bajo el hielo.

Una extraña estructura circular, negra como la noche y orlada por un desvahído color blancuzco, se mueve bajo él, insertada en algo también oscuro y bulboso.

En un reflejo de su mentalidad perruna, *Elle* gira la cabeza con curiosidad. Si hubiese podido, habría extendido las orejas y ladrado. Entonces, su mente artificial comprende qué está viendo. Es una gran criatura acuática que lo está mirando con su enorme ojo.

* * *

Jordan Smith, al mando de la estación de escucha de la Red de Espacio Profundo de la NASA esa noche, recibe un aviso en su pantalla, en forma de ventana emergente. Pone el juego en pausa y se estira cuán largo es. Las vigilancias de datos nocturnas son de lo más aburridas, esperando a que las sondas manden algo especial entre la marea de datos habituales. Se sorprende al ver que se trata de *Elle*. Según los

parámetros de la misión, aún faltan horas para que se le indiquen los pormenores de su intervención en el criovolcán que descubrió ayer.

Abre la ventana en la pantalla y teclea unos códigos. *Elle* acaba de mandar una foto que, por alguna razón, ha pasado los filtros automáticos. El explorador debe haberla marcado como prioritaria.

Curioso, Jordan abre la foto y tarda un par de segundos en comprender qué ve. Se incorpora de golpe, tirando la silla y sale corriendo a llamar al Director de Misión.

Ω

Enceladus-L

Luis Miguel Pascual Gómez

– Suponíamos que podría ser un defecto de la antena de la sonda, así que pasamos una de las sub-rutinas de calibración topográfica del fabricante y las compararon con sus datos, –dijo Marín–. Nada por ahí. No veas la cara de alivio que han puesto.

– ¿Y cuánta señal perdemos? –preguntó Ruiz.

– No mucho, parece que sólo hay una pequeña desviación de amplitud y la podemos compensar con programación –explicó Manchado.

– Pues poco podemos hacer. Otro enigma que tendremos que resolver, si es que podemos. De momento seguid vigilándolo, pero sin interferir con el programa, –dijo Ruiz con un suspiro, levantándose de la mesa–. Buen fin de semana a todos.

Lunes, 13,15h.

– Se me ocurrió ayer, de pronto. Los domingos siempre hago tortitas con caramelo, a los niños y a mi mujer les encantan –dijo Marín.

– ¿Y eso qué tiene que ver con...? –preguntó Ruiz.

– Los géiseres tiene mucha más actividad de lo que creíamos y algo del agua cae sobre el aterrizador –dijo Manchado–. En realidad es muy poca cantidad y no está creando problemas porque casi todo lo recoge la antena de alta ganancia. Las partículas bajan por la parábola y se acumula una pequeña cantidad en el fondo y se sublima. Pero también parece que el calor de los equipos la licúa y una parte escurre por el agujero por el que pasa el cable del receptor.

– Parecía que el barniz se estaba disolviendo, pero no concuerda, ya que debería escurrir por toda la antena. Incluso con el brazo al máximo la cámara sólo consigue captar una parte, pero se ve claramente que la mancha parte del agujero y se va extendiendo. Y progresa bastante rápido, es toda esta parte más clara –señalo Kavy en la serie de fotografías.

– Pero no parece una mancha, es... ¡como si creciera! –dijo Ruiz.

– Eso es lo que nos llamó la atención, porque no afecta a la capa reflectante –explicó Manchado–, sino a una capa superficial. Según el fabricante, se trata de un barniz polimérico de protección. Básicamente, –hizo una pausa mirando a Marín– la fórmula es un polisacárido.

– Estaba viendo cómo Daniel rebañaba el caramelo que se había quedado en el fondo del tazón y entonces pensé: ¿y si fuera orgánico? –a Marín le brillaban los ojos–. Enviamos por *mail* la serie de fotos a un amigo del Centro de Investigaciones Biológicas del CSIC. Nada más verlo dijo que el patrón podría ser compatible con el tipo de crecimiento que tienen los líquenes, por ejemplo. Habrá que hacer más comprobaciones, pero...

– ¡Espera, espera! –interrumpió Ruiz– ¿Y que demuestra eso?

– ¡Que en Encélado hay microorganismos! –dijo Marín alzando los brazos.

– ¡Y que son golosos! –apuntó Kavy.

Ω

Encélado, año 2492

José Juan Llanos

Encélado, año 2492. Se funda la colonia de Nueva España. Tras la cuarta guerra mundial, España e India lideran la colonización espacial. Tras la terraformación y explotación de Marte y Titán, es el turno de Encélado.

Bajo la afortunadamente blanca capa de hielo y el océano que rodea el satélite, en el núcleo rocoso, se ha construido una esfera que lo envuelve completamente, soportada por columnas, que ha sido drenada, y donde vive la nueva raza de humanos adaptados a la micro gravedad que ha surgido en la última centuria.

Se han construido centrales térmicas aprovechando la energía del núcleo, su superficie es fértil y la luz que atraviesa el hielo transparente alimenta los cultivos. La mayoría de la fauna y flora local se ha mantenido en espacios protegidos, donde se han estudiado y catalogado todas las especies menos una.

Denominados *Furlings* por los habitantes, rara vez se ha visto alguno, pues usan la luz como camuflaje y poseen cuerpos transparentes que pueden colorar a voluntad. Se cree que miden la mitad que un hombre, la parte superior es parecida a las mantas o rayas, y disponen de 6 extremidades que usan para desplazarse e interactuar con el entorno.

La realidad es que se han enterrado bajo tierra, donde manipulan el pequeño campo magnético para comunicarse con Saturno, su planeta natal, pero los españoles lo ignoran por completo.

Una miríada de estos individuos ha escapado de la atmósfera de Saturno y desplazándose sin dificultades por el espacio, se han posado en la superficie de Encélado.

Mientras la mayoría se han vuelto negros e impiden la entrada de la luz solar, unos cientos arrastran pedazos de hielo de los anillos exteriores y los arrojan contra el satélite. Los *Furlings* del núcleo perforan la superficie atacando los enclaves críticos de los españoles, quienes hacen sonar las alarmas y se preparan para luchar por su supervivencia.

A los más débiles se les pone a salvo en búnkeres mientras el resto se pone sus trajes y máscaras. Acaban con la mayor parte de los *Furlings* subterráneos deslizando cargas explosivas por las brechas, aunque sufren algunas bajas producidas por los largos aguijones de algunos que suben a la superficie.

Mientras, varios de los pedazos de hielo lanzados desde el exterior, se abren paso a través del océano, frenándose, pero con la suficiente energía como para agujerear la esfera.

Cuando se reciben las noticias en Titán, las caras de incredulidad y asombro dejan paso a expresiones de rabia y furia. Desde esta colonia, habitada por gente de todos los países, parte una flota de naves *Skylab*, impulsadas por motores de hidrógeno, inventados por el célebre científico Francis Mule.

Al recibir los primeros disparos, los *Furlings* de la superficie se dispersan haciéndose invisibles al ojo humano, y, atravesando las naves defensoras, destruyen gran parte de la flota de rescate antes de ser eliminados completamente.

De repente, millones de *Furlings* aparecen tras la atmósfera de Saturno mientras los refuerzos enviados desde la Tierra y Marte hacen acto de presencia. Comienza la batalla por la supremacía en el Sistema Solar.

Ω

Cambio de turno

Adrián Trullenque Viudas

Tiernan Barwick está nervioso y algo asustado, pero ni él se percata. Su semblante, si alguno de sus compañeros de viaje pudiesen verlo a través del casco de la escafandra, sería el rostro de un impasible botánico, acostumbrado a mil y un despegues. El grupo de personas a su alrededor, todos en esbeltos y cómodos trajes espaciales, están sentados y fijos en sus asientos, preparados para el despegue. La luz en la cabina es tenue y por los altavoces del casco escucha indiferente el murmuro de otros pasajeros claramente nerviosos. Tiernan no puede evitar pensar en escenarios catastróficos donde la tripulación acaba estrellándose o termina a la deriva en la inmensidad del espacio. Al mismo tiempo, mirando a sus compañeros, piensa que sería una pena. El pasaje de la lanzadera, unas 20 personas, son todos brillantes profesionales. Hombres y mujeres biólogos, ecólogos, físicos, ingenieros de todo tipo y condición.

– Si todos perecieran al mismo tiempo Marte necesitaría una década entera para recuperarse –pensaba morbosamente Tiernan a la par que orgulloso por formar parte de este grupo.

– Prepárense para el despegue –decía la monótona voz del piloto por los altavoces. El resto de conversaciones súbitamente se interrumpieron. En la pantalla frente a él, la vista que el propio piloto tiene desde la cabina. Dos enormes railes metálicos se extienden hasta el cercano horizonte. Son los raíles de *la catapulta* como comúnmente se la denominaba en la colonia. La lanzadera será impulsada mediante levitación electromagnética gracias a esos raíles, que originalmente fueron diseñados para *lanzar* a órbita los gigantescos bloques de hielo que son el motivo de la existencia de la colonia.

Diez millones de personas viviendo en Marte están sedientos y reclaman más espacio que las ciudades domo en los antiguos cráteres pueden proveer. Quieren más y reclaman todo el planeta. Atrás quedaron los debates y las discusiones sobre si era ético o no terraformar un planeta. El sueño del paraíso está en la mente de todos y para alcanzarlo se necesita agua. El problema era de dónde. La poderosa tierra el oasis en el desierto del sistema solar interior, no iba a dejarse robar. Había que buscar más lejos. El sistema solar exterior era la respuesta, pero no iba a ser sencillo. Los asteroides y cometas eran accesibles pero están muy lejos y dispersos. Muchos apuntaron hacia Júpiter, en Europa o en Calisto hay 27 veces más agua que en la tierra, pero el gigante no se iba a dejar domesticar y su enorme pozo gravitatorio lo hacían demasiado caro en combustible para la pequeña economía de Marte. Después de que los ingenieros orbitales hicieran sus cuentas, la respuesta fue Saturno. Pese a estar mucho más lejos, transportar las enormes cantidades de agua necesarias era más económico desde el planeta anillado, aunque más lento, un problema que rápidamente

se solventó con el diseño de los *remolcadores* automáticos. Cincuenta de estas naves no tripuladas cubren ahora las diferentes rutas gravitacionales que conectan Saturno y Marte. La primera *Ruta de la seda* del Sistema Solar. Estos remolcadores arrastran los gigantescos bloques de 500 metros de largo que han sido cortados de la superficie de Encélado y cargados sobre la misma rampa de lanzamiento que la lanzadera va a utilizar para llegar a órbita. Los bloques son directamente arrojados sobre Marte aportando agua a la atmósfera. Tiernan atesora en su memoria como un feliz recuerdo de infancia el sonido del primer granizo precipitándose sobre el domo de su ciudad natal Chive cráter. También entonces estaba asustado y a la vez entusiasta como lo está ahora 25 años después.

La cuenta a tras comienza a sonar en la radio. Algunas tradiciones nunca mueren, pensaba Tiernan, mientras oía el descenso de los números dentro de su casco. La voz prosigue: «tres, dos, uno... ¡Despegue!» Tiernan estaba preparado para un gran tirón, pero su agradable sorpresa fue que la nave comenzó a acelera suave y progresivamente con una confortable aceleración que no obstante hacia que rápidamente dejaran atrás la colonia y sus biomas enclaustrados donde había invertido los dos últimos años de su vida. Por la pantalla se veía como la superficie helada de la luna sin atmósfera, rápida y silenciosamente avanzaba.

La *catapulta* tenía una longitud de 6 kilómetros, distancia más que suficiente para que se aceleran las cargas a más de los 860 km/h necesarios para escapar de la baja gravedad de la luna saturnina. El sol, un pequeño punto en el horizonte estaba poniéndose, su reflejo sobre la plana superficie del planeta parecía una composición abstracta. Toda aquella superficie, los primeros 200 metros de corteza de la luna, ya estaban lloviendo sobre Marte, dejando una pulida y horizontal superficie como la de una bola de billar. En frente de los raíles y como si ellos llegaran hasta allí. El gigante Saturno, amaneciendo y ocupando la mitad del firmamento envuelto en la superficie brillante de sus anillos. Esta imagen del esplendor de Saturno acompañará a Tiernan el resto de su vida.

De pronto, sin ningún aviso, los raíles en la pantalla desaparecieron, ya no se veía el suelo del satélite, solo la inmensidad de Saturno. Por los altavoces la misma monótona voz del piloto comunicó que estaban en órbita. Tiernan cambió la perspectiva de la pantalla a una de las cámaras laterales. Quería ver Encélado por última vez. Solo estaban a varios kilómetros de altura y ya se podía ver la curvatura de la luna. Alcanzó a distinguir los ferrocarriles que recorren la luna desde la colonia, como una tela de araña. Al final de estos, se veía claramente el acantilado de doscientos metros donde los robots de extracción trabajan. Nubes de vapor se elevan en un frente continuo, de horizonte a horizonte, rodeando completamente la luna como un anillo. Resplandores azulados, como rayos en una tormenta, se escapan de entre la línea de nubes, reflejos de los láseres fundiendo el hielo.

No quedará nada, cuando acabemos con ella. Se dijo Tiernan para sí mismo. Después décadas de investigaciones bajo la superficie, en el océano interior de la

luna, buscando infructuosamente vida. Encélado se declaró estéril y apta para la explotación. Pero todavía hay voces que reclamaban que se debería limitar la extracción y dejar la suficiente corteza como para preservar el océano interior de la luna. Tiernan decidió largo tiempo atrás, que haría de esa idea su lucha. La idea de Tiernan es pagar a la luna la deuda contraída y plantar la semilla de la vida en sus océanos. Cuando se pare la extracción quiere utilizar los colectores solares en órbita de Mercurio que suministran mediante máseres, la energía de la colonia, redireccionarlos para que inyecten directamente calor en el océano subterráneo para aumentar su temperatura y facilitar la vida tras introducir bacterias y animales de los océanos de la tierra.

Al poco rato el piloto de la lanzadera informó al pasaje, Ghanesa, la nave que les llevaría a casa, ya estaba a la vista. Tiernan se despidió de Encélado y cambió la vista a la cámara frontal. Ghanesa, la nave de pasajeros más grande del sistema solar se acercaba vertiginosamente hacia ellos. Alargada y esbelta, brillante bajo la luz del sol y en contraste con el fondo anaranjado del gigante Saturno, Ghanesa tenía una longitud 200 metros. Los diseñadores de la nave no habían considerado necesario tener que cargar con la masa de un fuselaje, por lo que a simple vista un observador experimentado podía distinguir las principales partes de la nave. En la parte frontal un paraboloide dorado formaba el escudo, tras este un esferoide blanco contenía el anillo de gravedad de los camarotes y el bioma que suministraba el aire respirable a la nave. A continuación de la cubierta de pasajeros, se podía ver una estructura cilíndrica hecha de malla de carbono, a través de la cual se podía ver todos los conductos que hacían funcionar la nave. Esta era la bahía de carga y a su alrededor acoplados contenedores de carga directamente expuestos al espacio. Pequeñas naves robóticas flotaban en enjambre cerca de la nave, cargando y descargando los contenedores con los suministros para la colonia. Un transbordador de pasajeros se estaba desacoplando de la nave madre. Son los miembros del relevo, que los sustituirán a todos ellos en la colonia. Nunca los conocerán en persona, Ghanesa nunca para más de un día sobre los cielos de Encélado, el viaje es muy largo y hay que ahorrar todo el tiempo posible.

A continuación la bahía de carga otros robots flotantes estas conectando los tanques 30 metros de combustible que propulsaran la nave de vuelta al sistema solar interior. Llenos de hidrógeno extraído de la misma agua que se explota de la luna. Los tanques están entre el modulo habitable y el gran toroide del reactor, una maquina monstruosa, con todas sus piezas al descubierto, conductos e imanes superconductores que contienen el pequeño sol que empuja a la nave. Al final y como pequeños tentáculos alrededor de una boca, los motores de iones que empujaran a todos de vuelta en un viaje de 5 meses. Ghanesa parece una monstruosa criatura tecnológica, similar a una medusa de la tierra, especialmente por los *tentáculos* metálicos que se extienden desde el modulo del reactor, otros doscientos metros en el vacío y que disipan las brutales temperaturas que alcanza el reactor.

Ghanesa será leviatán que me devorará y en cuyo vientre viviré los próximos cuatro meses –pensaba Tiernan– es la medusa que me llevará a casa a Marte.

Ω

Encélado

Ana Rodríguez de la Fuente

La plataforma estratégica SIDERICHESKAYA estaba situada en la órbita de Encélado. El valioso hielo de la luna de Saturno estaba siendo extraído desde que los yacimientos de Europa se agotaran hacía ya 10 años. Por ahora se trataba de la mayor y mejor fuente de agua pura que podía abastecer la Tierra y las colonias de Marte, Ceres y Titán.

Tal era su valor que cuando se encontró aquel objeto entre los filtros de la depuradora, se hizo llamar a los técnicos inmediatamente. Se trataba de una barra de aleación metálica de 2” de diámetro y 15cm de largo con uno de los extremos afilados, lo que indicaba que formaba parte de algún objeto mayor y artificial.

Miles de preguntas se planteaba el ingeniero jefe del proyecto Lukiánenko. Preguntas que a Serguéi, director de la plataforma, le daban igual. Le preocupaba que el objeto había destrozado varias membranas de la depuradora y ahora tenía toneladas de agua contaminada que debían esperar a los recambios. Y en vez de recambios les enviaban a *los batas blancas*.

Mientras, la prospección estaba parada.

Serguéi no había protestado demasiado ya que no había seguido los protocolos marcados por la compañía. Antes de cualquier extracción se debía realizar escáneres de superficie y profundidad para que ningún objeto extraño pudiera colarse entre el hielo. La duración de estos escáneres dependía de la densidad de hielo y se debía escanear la totalidad de la zona a extraer. Haber querido ganar tiempo había causado este incidente.

Alisa, la jefe técnico de laboratorio, investigaba la procedencia de este objeto en el laboratorio de la plataforma. Explicó que se trataba de una aleación terrestre, de principios del siglo XXI; de la Era Pre-tecnológica; poco antes del cataclismo de la Luna forzara a la humanidad hacia la Revolución Ciencio-Técnica que nos salvó cuando estuvimos a punto de autodestruirnos.

Determinar su origen era más complicado, al ser materiales muy habituales en aquella época en todo el planeta. Sin embargo emitía una radiación residual que podía proporcionar alguna información clave.

Mientras, el escáner a mayor escala de Encélado localizó el objeto mayor. La simulación holográfica mostró lo que claramente se era un misil balístico de la Era Pre-tecnológica, muy probablemente nuclear (de ahí la radiación residual que había encontrado) y una inscripción:

보복 제 6 호

Una rápida consulta de cualquier neurocuántico personal indicaba que era escritura coreana y su significado era «Vengador 6º».

Aquel descubrimiento les pilló por sorpresa. No se imaginaban un pasado violento de la pequeña y pacífica isla de Corea.

6º … ese número preocupaba a Lukiánenko. No solo era el hecho de encontrar el misil y que pusiera en peligro todo el proyecto colonial del Sistema Solar. Pronto Alisa confirmó que su temor no era infundado. El patrón de radiación indicaba que el cataclismo de la Luna fue causado por un artefacto similar.

– No sólo es el mismo tipo –comentó Lukiánenko– por lo que podemos deducir de la inscripción es que al menos existen seis…

Su primer pensamiento fue informar a la central y autoridades para poner el caso en estudio, aunque nunca llegó esa comunicación. Serguéi había dado orden de continuar los trabajos a pesar de la cuarentena de Encélado. Había estado trabajando muy lejos de donde se encontró el misil nuclear, pero las vibraciones lo hicieron detonar.

Quedan siete.

Ω

La cura de la humanidad

Juan José Bernárdez Pazo

Extracto del diario de Roger Hammond – 14 de mayo de 2055.

...a bordo de la nave Icarus. Este es mi primer viaje a Encélado. Formo parte de la misión New Life II hacia el satélite de Saturno. Somos, probablemente, la única esperanza de curar a la humanidad...

***

En abril de 2017 se realizó un descubrimiento en Encélado, el sexto mayor satélite de Saturno, que cambiaría la historia en la Tierra. Muestras recogidas por la sonda *Cassini* de la NASA confirmaban la viabilidad para la existencia de vida en el satélite. A raíz del hallazgo, las investigaciones se aceleraron, y tan solo 7 años después, se detectó la presencia de organismos unicelulares en Encélado. La vida extraterrestre era una realidad.

En una improbable colaboración entre las principales potencias del planeta, se obtuvo como resultado la primera misión tripulada que recuperaría muestras de vida extraterrestre: la misión *New Life*. Tres astronautas formarían parte de ella: Gordon Mitchel, Yelena Romanenko y Yang Haipeng.

La misión fue un rotundo éxito. El 12 de julio de 2054, todos los tripulantes se encontraban de vuelta en la Tierra en perfecto estado de salud, portando muestras de vida de Encélado.

Un mes después, el astronauta Gordon Mitchel era el único miembro de la misión *New Life* que seguía con vida.

La muerte de los otros dos astronautas había sido provocada por sendas hemorragias cerebrales. La causa de estas hemorragias: una incógnita. La única conexión parecía ser una ligera jaqueca los días previos a ambas muertes. Mitchel fue puesto en observación, pero no presentó ningún síntoma similar. Es más, su recuperación del viaje espacial fue asombrosamente rápida y, en sus propias palabras, se encontraba «mejor que nunca».

En el entorno de los tres astronautas comenzaron a sucederse las muertes por hemorragia cerebral. Los equipos biomédicos trabajaban a contrarreloj con lo que se dio en llamar *la epidemia alienígena*. Lo más extraño de esta afección es que, aunque era mortal para la mayoría de personas, resultaba inocua para unos pocos individuos. Prueba de ello era el propio Gordon Mitchel, que mantenía un estado de salud excelente.

El 24 de febrero de 2055, Roger Hammond, investigador especializado en bioquímica metabólica en la NASA, descubre, a partir de un elemento de las muestras de la *New Life*, una vacuna para la epidemia. Sólo había un inconveniente: el elemento era inexistente en la Tierra, la cantidad obtenida era escasa, y no existía forma de replicarlo.

Así fue como se puso en marcha la misión *New Life II*, para obtener más muestras de Éncelado. Los tripulantes seleccionados eran todos aparentemente inmunes a la epidemia. Entre ellos se encontraban Gordon Mitchel y Roger Hammond.

***

Extracto del diario de Roger Hammond – 14 de mayo de 2055

... Somos, probablemente, la única esperanza de curar a la humanidad.

En nuestro primer contacto con los tripulantes de la misión New Life, comprobamos que nuestra unión con el ser humano podía suponer una simbiosis perfecta.

Nuestra intervención mejora notablemente su estado físico, inmunológico, y su capacidad de regeneración celular. De esta forma, el cuerpo humano se convierte en un portador prácticamente imperecedero.

Lamentablemente, no todos son óptimos receptores, y muchos perecen durante el proceso de vinculación cerebral. De igual forma, nuestro organismo también se extingue en dicho proceso. Sin embargo, gracias a los conocimientos extraídos a Roger Hammond, hemos descubierto que las complicaciones en la vinculación pueden eliminarse por completo.

El objetivo de la misión New Life II es curar a la raza humana de sus propias limitaciones. Este es mi primer viaje a Encélado, pero no será la primera vez que esté allí.

Ω

El Protocolo Drémer

Van Ugalde

Había querido convencer al General Arcones sobre la posibilidad de utilizar los resultados de superfluidos en un motor que generara energía negativa para contraer el espacio-tiempo, de manera que «acortara distancias», pero siempre se negaba pese a que sabía que mis investigaciones iban bien. «Es tecnología vulgar» –decía–. Y de repente, ¡activa el Protocolo Drémer! ¡En tantos años de carrera jamás vi que molestaran a los bichos! Son demasiado importantes como para requerir su intervención directa... Hasta ahora. Quise decirle que el plan para ejecutar el protocolo era más vulgar y simplón. ¡¿Usar su propia nave?! Estoy segura que su negativa estaba relacionada con orgullo porque el resultado de superfluidos lo obtuvieron *ellos*, pero no quería ver el azul en su rostro y tampoco podía revelarle que estaba al tanto de sus planes *ultrasecretos*.

De todas nuestras bases lunares, la de Encélado es la más importante, gracias a sus bichos estamos vivos. ¡Será emocionante verlos en acción! Aunque el Protocolo Drémer haya sido aquéllo que jamás quise ver. No había nacido la última vez que se utilizó, pero todas las historias que leí sobre él eran desagradables, no es el tipo de acciones que asocie a mi mundo, incluso pensé que era un mito.

Encélado es una base blindada naturalmente, habitada por los seres más extraños del sistema. Los bichos, o Rentones, tienen una morfología compleja. Pueden ser sometidos a las más altas presiones, (nadie lo ha dicho, pero sé que podrían vivir en el espacio exterior sin cobertura alguna). Tampoco necesitan del sol y soportan lo mismo muy altas o las más bajas temperaturas.

Por eso los bichos-bichos eran los más indicados para ejecutar el Drémer. Su morfología no es lo que los hace más especiales, sino su actividad y organización: los millones de Rentones debajo de la capa de hielo de Encélado actúan como unidad, son entes cuasinteligentes que se manejan como nodos en una red neuronal. Cada bicho tiene una única tarea asignada que ejecuta a la perfección y son capaces de replicarse innumerables veces, conservando la información en su estructura y transmitiéndola a las réplicas ya mejorada. Un sector se encarga de nuestras comunicaciones, otro de potenciar nuestra alimentación y así en cada área necesaria para la vida, aunque los Rentones Drémer la destruyan.

* * *

Según los registros, cuando su nave aterrizó en Encélado los Rentones la abordaron y se mimetizaron con sus sistemas de navegación. Los equipos *Torvic* 1 y 2 infectaron y tomaron el control de la nave y el *Vyka* recopiló datos que enviaba a la base principal. Los Rentones llegaron a aquél planeta, robaron su ciencia,

contaminaron sus aguas, mataron sus plantas, haciéndonos todo más sencillo. En menos de un lustro acabaron con nuestra mayor amenaza en el sistema: Los humanos.

Lo que Don General no sabe, es que los bichos –como les decían en la Tierra porque se comportan como abejas– me trajeron muestras del ADN terrestre que estoy empezando a clonar.

Ω

Diez felices segundos

Raúl Díez

Gluk, habitante de Encélado, era un ejemplar único de su especie. Aunque Gluk no era brillante, poseía un tenaz espíritu aventurero y una curiosidad insaciable, lo cual parecía un poco absurdo teniendo en cuenta que vivía en un océano, confinado entre un suelo caliente y un cielo de hielo. Un día, decidió que quería saber si había algo más allá del monótono cielo blanco lechoso de hielo sobre su cabeza. Su atrevimiento desencadenó burlas crueles de todos sus congéneres: «¡Nada hay bajo el suelo, nada hay sobre el cielo!», decían los sabios desde tiempos inmemoriales.

Le decían: «Recuerda a tu primo Glak, que se dedicó a perforar el suelo del océano hasta que murió achicharrado en agua hirviendo». Y es que Saturno, con su fuerza de marea, calienta brutalmente el suelo de Encélado. ¡Nada hay bajo el suelo, nada hay sobre el cielo!

Con sus mandíbulas, se dedicó con ahínco a perforar un agujero en el cielo helado de Encélado, día tras día, año tras año, sin descanso. Una tarea titánica puesto que el cielo estaba frío, cada vez más frío, y duro. Sería una tarea a la que consagraría toda su vida. A través de los años, los sabios, le vieron excavar y excavar. Le miraban con lástima, y a la vez confirmaban su cosmología ancestral: «El Universo es un gran bloque de hielo infinito». Puedes excavar lo que quieras, no hay un final, le decían. ¡Nada hay bajo el suelo, nada hay sobre el cielo!

Un día, cuando la vida de Gluk iba llegando a su ocaso, notó, según excavaba, que se producían unos misteriosos temblores en el hielo. No cejó en su empeño y siguió excavando, excavando...

Poco después se desencadenó un temblor horrible con un bramido animal. Vio cómo aparecía una grieta en el cielo de hielo, justo delante de él. Instantes después, de súbito, el hielo cedió y como en una botella gigante, que se descorcha, salió un chorro de agua hacia afuera por la grieta. Con una fuerza brutal el chorro arrastró instantáneamente a Gluk hacia afuera. En un instante se vio arrastrado hacia el exterior de Encélado, su hogar.

Tras un milisegundo de confusión Gluk, en el espacio, observó, en medio de un chorro de agua vaporizada, un panorama profundamente negro, tachonado de una miríada de bellísimos puntos brillantes. También observó un pequeño disco de luz amarillenta más brillante aún; y al otro lado, una esfera enorme, rodeada de anillos luminosos. A sus pies, su hogar era una gigantesca esfera nívea. Gluk no sabía, no podía saber, que estaba viendo las estrellas, el Sol, Saturno y sus anillos. Durante cinco felices segundos Gluk se dio cuenta de que había descubierto un secreto arcano exclusivo para él, un Universo nuevo que le sonreía cruelmente antes de aniquilarlo.

Nadie sabe si murió por el intenso frío espacial o por la descompresión en el vacío absoluto. Pero su último pensamiento fue «Ha merecido la pena».

Ω

La transmisión

Jorge Alcácer

Lunes, 27 de agosto de 2018. Mediodía.

Me despertó la señal de abrochar cinturones. El vuelo fue tan tranquilo que, muy a mi pesar, me concedí el lujo de dormir un par de horas. Tras la locura de los dos últimos días preparando papeles, documentación, equipaje, pasaporte, era la primera vez que disponía de tranquilidad para poner en orden las ideas. Quería aprovechar el vuelo para analizar y descartar una a una todas las posibilidades; ¿fallo en las comunicaciones o un error de interpretación?, ¿anomalía electromagnética?, quizá simple suciedad en las antenas... Los datos eran tercos pero nada de aquello tenía sentido. La única explicación que finalmente acepté como posible me sirvió como sedante instantes antes de quedarme dormida: Una broma, tenía que ser una broma. Muy bien planeada y ejecutada, cierto, pero cualquier otra posibilidad resultaba de todo punto fantástica. El grupito de Scott, pensé, haciendo otra de las suyas. No era la primera vez.

Llovía en el aeropuerto cuando aterrizamos. Según me subía en el taxi descarté la idea de pasar primero por el hotel a dejar el equipaje. La ansiedad por aclarar todo aquello era superior a mi cansancio.

Bolden me recibió con un apretón de manos y semblante serio. Le noté algo demacrado, casi envejecido. Sin duda había dormido poco las últimas semanas. El último recuerdo que guardaba de él era en la fiesta que organizó Lansky en su casa, cuando terminó la misión.

Me pasó un dossier con la documentación que ya conocía y, en carpeta separada, el documento secreto con todos los datos de la *transmisión*. Comencé a leerlo detenidamente mientras Tom Bolden me miraba en silencio. Aunque concentrada en la lectura de los datos, podía sentir sus ojos clavados en mi rostro en busca de cualquier pequeño gesto en mi expresión. Mi reacción no se hizo esperar. El sudor en mi frente y el temblor de mis manos me delataban, mientras para mis adentros repetía ¡no es posible, no es posible! Sin embargo no era una broma, todo encajaba.

– ¡Es imposible Tom, todos vimos como caía! –dije con voz nerviosa–. Recuerda como Scott y yo estuvimos repasando los datos durante casi 2 meses. Empaquetamos los datos para NASA, ESA, Caltech, las universidades...

– Lo sé, Laura. Pero llevamos diez días recibiendo esa transmisión y, como puedes ver, no hay ninguna duda, ¡¡es *Cassini*!!

Cassini. La sonda en la que yo había estado trabajando los últimos doce años. La que, junto con Scott y el equipo de Saunders, habíamos programado para que se estrellara con Saturno hacía casi un año. Aquel 15 de septiembre vimos como los datos de presión, temperatura y radiación eran compatibles con lo que se esperaba, con lo que las leyes de la física mandan: *Cassini* se había quemado, aplastado, reventado y desintegrado en la atmósfera de Saturno. Y ahora, once meses después... nos hablaba. ¡Era el mensaje de un fantasma!

– La mayor parte son datos sin sentido –dijo Tom con voz grave–. Ruido, números aleatorios… pero en medio de todo ese porridge hay una palabra que se repite una y otra vez:

ENCÉLADO, ENCÉLADO, ENCÉLADO, ENCÉLADO...

Epílogo.

La misión *flagship-lander* a la luna Encélado fue aprobada esa misma semana.

.- .-.. .-.. / - .... / .-- --- .-. .-.. -.. ... / .- .-. . / -.-- --- ..- .-. ... / . -..- -.-. . .--. - /
. -. -.-. . .-.. .- -.. ..- ...
.- - - . -- .--. - / -. --- / .-.. .- -. -.. .. -. --. ... / - .... . .-. .

Ω

Exterminio

Jesús Tornés

Sin apartar los ojos de David, el encargado de mensajería le devolvió su identificación y entregó el paquete. Todo era una farsa: ¿para qué comprobar que David era quien decía ser, cuando él ni siquiera pertenecía al servicio de mensajería? El hombre de mirada fría se despidió con una inclinación de cabeza y David deseó no haberle visto nunca.

No era capaz de comprender cómo habían burlado la seguridad de los transportes pero estaba convencido de que lo que sostenía en las manos, ese pequeño y aparentemente inofensivo paquete, era Némesis.

– Todo sale siempre mal, excepto cuando rezas para que salga mal –escuchó su propia, con su boca curvada en una sonrisa triste e irónica. En secreto, había deseado que todo el plan fracasara ¿No hubiera sido más sencillo? Sin embargo, Némesis estaba allí y ahora TODOS tenían que morir.

Antes de abandonar su diminuto dormitorio, David pulsó *Enviar* en la pantalla de su dispositivo de comunicación e imaginó como ese mensaje, tras días escrito y a la espera de ser enviado, viajaba por el espacio rumbo a un punto muy concreto del Universo: Anya. Pensar en ella siempre le hacía sonreír, incluso en este horrible momento. Esperaba que, gracias al mensaje, ella entendiera por qué iba a hacerlo, por qué debía matarlos. También intentaba explicarle por qué, años atrás, tuvo que romper su relación… algo mucho más complicado de entender que un exterminio.

Distraído con estos pensamientos, no se percató de que había recorrido varios pasillos y atravesado zonas de uso común, hasta la sala del equipo de exploración. Allí, se enfundó un traje de supervivencia y, utilizando sus credenciales como asesor científico, desbloqueó y atravesó las esclusas que le separaban del exterior, de la terrible e inhóspita superficie de Encélado.

Nada parecía sobrevivir allí. No obstante, no todo el satélite era un yermo: bajo varios kilómetros de hielo, se encontraba un enorme océano líquido. Un océano líquido lleno de vida microscópica. Esos microorganismos, los Monómeros, no estaban relacionados evolutivamente con la vida terrestre y su descubrimiento había traído al grupo *Cassini*, incluyendo a David, para analizar muestras y enviarlas a la Tierra.

Al mismo tiempo, se detuvieron los planes de abastecimiento a la Tierra con agua del satélite. Las conclusiones de las simulaciones de van Jaarsfeld eran imposibles de refutar: los Monómeros de Encélado resultaban altamente tóxicos de ser ingeridos por un ser humano pero, por motivos aún desconocidos, constituían un alimento perfecto

para ciertas cepas de microorganismos extremófilos que crecían sin control en su presencia. Esas cepas eran la Némesis de la vida en Encélado.

David llegó hasta el géiser más cercano y vertió las cepas Némesis en ese conducto que comunicaba con el océano global. Los Monómeros habrían desaparecido en cuestión de semanas y, pronto, los hijos de Anya podrían disponer de un suministro de agua potable. David era consciente de que muchos, incluido él mismo, jamás le perdonarían lo que había hecho y, levantando la mirada hacia Saturno, se quitó el casco protector.

Ω

VGR77-2

Alberto Blanco

Diario de a bordo de la VGR77-2, 13 de noviembre de 1980. Potencia, 403.1W. Niveles de radiación, normales.

Saturno pasó de ser un débil resplandor en la lejanía a ocupar el 100% de las entradas de todos mis instrumentos, y ahora lo tengo detrás, inmenso, diría casi burlón. Estoy realmente nerviosa, las últimas semanas he transmitido cantidades ingentes de datos con la esperanza de que encuentren algo que realmente merezca la pena, más allá de la increíble belleza de este gigantesco planeta.

La verdad es que cuando me presenté voluntaria para esta misión no lograba imaginar la grandeza de la que sería espectadora... Atrás quedó el inmensamente bello Júpiter, y ayer mismo pasé realmente cerca del curioso Titán. Después visité la extraña Tetis, y al cabo de pocas horas atravesé el momento más delicado de la misión, consiguiendo acelerarme gracias a robar parte de la energía de esa inmensidad que dejo a mis espaldas para realizar una asistencia gravitatoria que me disparará hasta los confines del Sistema Solar... La verdad es que miro hacia delante y me da cierta pena el pensar que lo más espectacular pasó ya, pero debo decir que cumpliré mi misión con la ilusión de aquel lejano primer día hace ya algo más de tres años.

El siguiente objetivo que tengo marcado es un pequeño punto especialmente brillante, que espero sea un poco más interesante que el peculiar Mimas. Control no conoce gran cosa acerca de Encélado, que es como se llama esa blanquísima luna de Saturno que tengo ante mí. Mientras me voy acercando calculo mi posición respecto a Tierra, puesto que no quiero que se pierda ni un byte de transmisión. Parece que Saturno se va a posicionar entre medias, por lo que habrá un pequeño corte. No habrá ningún problema, puesto que tengo una memoria de 67 MB en la que puedo almacenar cualquier información para poder enviarla en cuanto se recupere el canal. Sonrío al recordar lo mal que lo han tenido que pasar en control con las asistencias gravitatorias que he pasado, pero para mí es sólo otro día más.

Nos acercamos a 500 000 km de Encélado. Su albedo es tan brillante que dudo de que llegue a poder distinguirse nada en las fotos. 250.000km, mis sensores captan señales tenues de hidrógeno. Oís eso, control? 200.000km, detecto una pequeña variación en mi orientación. Imposible, no cuadra con los datos gravitatorios esperados. Un momento. Hay pequeños destellos en la superficie del planeta. ¡Parecen volcanes! ¿!Control!? Foto, foto, foto. Maldita sea. Refleja demasiada luz para obtener ninguna buena imagen. ¡He detectado hidrógeno! Control, ¿¿estáis ahí?? No sé si podré almacenar mucha más información en mi memoria. 300 000 km. Me estoy alejando. Foto, foto, foto. Mis espectrómetros echan humo. Control, ¿!dónde

estáis!? Foto, foto, foto. Espero que llegue algo. De verdad que lo espero. Saturno, apártate, por favor. Soy diminuta, pero tengo que enviar estos datos. Foto, foto, foto.

Recupero contacto con Control. ¡Aquí tenéis los datos, amigos! Seguiré mi camino con paso firme. Voyager 1, fuera.

Ω

Invitación

Salvador Sancha

Chenguang ajustó la opacidad de su visera para adaptarla al brillo de la superficie helada de Encélado. A esta altura, el contorno viscoso de los cráteres de impacto del satélite eran perfectamente distinguibles a simple vista, y la taikonauta incluso hizo el gesto de entornar los ojos para intentar adivinar algún detalle a través de una de las fracturas tectónicas de pocos kilómetros de ancho. Naturalmente, no logró ver nada.

Desde luego, ninguna estructura artificial que ella pudiera reconocer. Ni túneles, ni plataformas, ni pistas de aterrizaje... Ni siquiera una cruz en el suelo que les indicara que estaban sobre el punto correcto, lo que habría sido, pensó, toda una deferencia por parte de quien quisiera que los había citado allí.

A Chenguang, aquella bola de hielo próxima al cero absoluto se le antojó un mundo inerte, no muy diferente de nuestro propio satélite si alguien hubiese sumergido la Luna en un baño de nitrógeno líquido y hubiese dejado que a su alrededor se formase una cubierta quebradiza y atigrada. Sin embargo, sabía muy bien que no era así, igual que lo sabían todos y cada uno de los habitantes del planeta.

En perspectiva, las pistas habían estado allí desde el principio: la producción de calor diez veces superior a lo que explicaban los modelos; los géiseres, que según se sabía ahora permitían al satélite modificar su actitud e incluso alterar su órbita... Pero sobre todo los millones de partículas expulsadas en cada fumarola, que Cassini, un explorador por lo demás tremendamante perspicaz, había sido demasiado miope para identificar como lo que realmente eran.

–Máquinas de Von Neumman– murmuró Chenguang, provocando que el piloto se volviera a mirarla.

Mecanismos autorreplicantes, distribuyéndose alrededor de Saturno o incluso abandonando el Sistema Solar con destino a otras estrellas.

Nuestra propia miopía nos había impedido darnos cuenta de la realidad hasta el día en que millones de esas partículas, usando su potencia combinada para formar una antena de más de 600 000 kilómetros de diámetro, había enviado una llamada a la Tierra con una intensidad y directividad imposibles de ignorar.

Invitándonos.

Ahora Chenguang, después de una carrera internacional no libre de tensiones políticas para poner en marcha una misión tripulada capaz de llegar lo antes posible al satélite, sería la primera persona en responder a esa invitación.

La taikonauta se abrió paso a través la escotilla del módulo orbital modificado y se expuso al vacío del espacio. No disponía de un módulo de descenso, y al parecer tampoco lo iba a necesitar. Con una ligera presión en los controles de su mochila para actividades extravehiculares, que activó 6 de las 24 boquillas impulsoras, Chenguang se dejó caer lentamente hacia la superficie de Encélado.Y cuando, a pocos cientos de kilómetros bajo sus pies, la corteza helada del satélite comenzó a abrirse para recibirla, Chenguang supo que esa era una invitación que no estaban preparados para devolver.

Ω

La odisea que no te esperas

David González

Año 2030. Apenas 15 años después de la inesperada y para muchos, una misión imposible, se inicia la expedición: el viaje tripulado a Marte. De una familia extremadamente pobre de los suburbios de Chennai, el pequeño Elon Trapa, habiendo dedicado toda su juventud como autoditacta, suscrito a todos los canales de YouTube de ciencia, astronomía, biología y cocina, iba a alcanzar su sueño: Marte. Considerado por muchos como una de las personas más inteligente del siglo XXI, y por otros, la persona con más suerte del universo ganando 100 M€ en la lotería y posteriormente invertido todo en el primer mes que se escuchaba en bitcoins, multiplicando así su valor por centenas de órdenes de magnitud, Elon forma *SpaceBalls*, una empresa-aventura con el único objetivo de viajar a Marte y formar una colonia donde las personas del tercer mundo tenga un nuevo empezar, una segunda oportunidad, un futuro…

Después de innumerables avances en materiales y haber descubierto hasta 10 nuevos estados de la materia –con mención especial al Petrolium: picotubos de Petrolitos, capaz de absorber impactos de protomateria y haces de electrones y convertirlos en energía eólica dirigible-- la nave/crucero Enterprilium estaba lista para empezar su viaje.

Todo listo. El 27 de abril del 2030, la nave de la esperanza Enterprilium enciende sus motores con dirección Marte. Es un viaje planificado de un mes gracias al nuevo propulsor galvánico de aceleración transversal, este se ve frustrado en la primera semana. El Sol, ese astro venerado durantes eones, sufre un desequilibrio térmico no predecido por los centros de control astronómico, y produce el mayor viento solar en dirección de intersección. Gracias a la utilización del Petrolium para el escudo térmico de la nave, esta no es instantáneamente desintegrada, aunque con inesperadas consecuencias.

La gran energía absorbida por el escudo iónico dirigible hizo que la nave entrara en un modo de protección, liberando toda la energía y acelerando la nave a velocidades nunca vistas. Los módulos de producción de agua y los laboratorios biológicos fueron completamente destruidos, sumando a esto los actuadores de dirección, dejan así a Enterprilium con una nueva dirección de colisión sin capacidad de maniobrabilidad: impacto estimado en 5 días contra una de las lunas de Saturno, Encélado.

La única posibilidad es usar el poco combustible que queda para frenar la nave. Milagrosamente la nave Enterprilium se deja caer sobre Encéfalo con su muy baja gravedad sin meros problemas.

Están vivos, o al menos una gran mayoría de sus 256 originales pasajeros, aunque su mayor reto acaba de empezar cuando su única fuente de agua potable está en la superficie del planeta en forma de hielo y géiseres. Con el laboratorio biológico destruido, las pruebas simple de toxicidad e impurezas del agua recogida de los géiseres –al no tener energía suficiente para derretir el hielo– no detectan gentes nocivos.

El líquido acuoso ingerido tiene efectos inimaginables a nivel físico y mental, dividiendo la comunidad en humanos con capacidad cognitivas de un neardental pero una fuerza y agilidad fuera de toda escala, y los IllumiAscen, capaces de entender la materia y la energía en todas sus formas conocida: Oscura, SuperOscura, Inerxia, Meta-Energiam, etc.

No se sabe aún qué factores físicos/ADN/mentales llevan a un individuo a *transformarse* es unos u otros, pero la proporción 1:40 para los IllumiAscen, les deja en clara desventaja. Una muy pequeña parte de la población no sufren ningún cambio.

Una nueva sociedad se ha creado a partir de un sueño, de la inspiración del pequeño Elon, y como parte del grupo en monitoria, su viaje realmente empieza ahora…

Ω

La hermana del Sol

Jordi García

110 años luz. Es un viaje largo, sin duda, pero valía la pena, nuestro destino nos permitiría aprender y entender más de nuestro origen. Aunque ese origen, nuestra cuna como especie, cada vez estaba más lejano durante el trayecto y tras 50 generaciones viajando nuestra estrella ya no es distinguible a simple vista, o al menos no destaca por ninguna característica física. Su brillo y tamaño son como el de cualquier otra estrella del firmamento. Sin embargo nuestra nave intergeneracional tiene una antena apuntando hacia ella. Esta antena la usamos para comunicarnos con nuestro hogar, sí, de manera bidireccional, pero ni mucho menos en tiempo real. De hecho, la información que estamos recibiendo ahora, en el final de nuestro viaje, partió cuando mis padres aún no habían nacido y mis abuelos andaban a gatas. En esta comunicación ciega (ninguno de los dos extremos sabemos si la información enviada la va a recibir el otro extremo) el intercambio de información es desigual. Ellos nos han estado enviando datos del sistema solar destino, y nosotros básicamente les hemos dicho que la misión sigue en pie, los nacimientos y muertes que ha habido, y poco más.

El sistema solar al que nos dirigimos es un sistema solar *hermano* al nuestro. Su estrella tiene un tamaño y una composición similar a la nuestra, lo que unido a que se formó a la vez y en una región muy cercana a la nuestra la convirtió en el destino ideal para una nave intergeneracional como esta. ¡Una hermana de nuestro Sol! Si esa estrella es como la nuestra, quizás en ella se desarrolló la vida igual que en la nuestra. Si es que tenía planetas, claro. Así que allá nos fuimos, con la esperanza de encontrar vida, pero sin saber ni siquiera si esa estrella tenía planetas orbitando.

Hoy sí que lo sabemos, y mucho más. Durante nuestro viaje, a alguien en nuestro planeta se le ocurrió usar nuestra estrella como lente gravitacional. Gracias a ella no solo hemos descubierto que efectivamente tiene planetas orbitando, si no que sabemos que al menos tiene 8, 4 rocosos y 4 gigantes de gas. Cuando nos enviaron las primeras imágenes no lo podíamos creer, estábamos viendo planetas situados a 110 años luz de casa! Con una resolución que nos permitía ver detalles de su superficie. El universo es increíble. De entre ellos rápidamente nos llamó la atención uno, el tercero por su distancia a su estrella, cuyo color azul parecía indicar que tenía la mayoría de su superficie cubierta por agua y con un gran satélite natural blanco alrededor. Con el progresivo dominio de la técnica de la lente gravitatoria nos iban llegando mejores y mejores imágenes. Progresivamente vimos que ese planeta no solo tenía océanos, tenía continentes, y hasta llegamos a ver lo que parecían ciudades. Esa fue la señal. En ese momento, decidimos orientar nuestra antena secundaria hacia esa estrella, y cuando estuvimos más cerca, hacia ese planeta en concreto. Lo que descubrimos nos maravilló. ¡Había vida! Lo sabíamos porque capturamos varias

transmisiones, y si hay transmisiones es que hay alguien que transmite. ¡Vida inteligente!

El siguiente paso fue estudiarlos. Se trataba de una especie curiosa y estaban dando sus primeros pasos en la exploración espacial. Les vimos dar los primeros pasos en su satélite desde la distancia. Poco a poco sus rudimentarias naves fueron mejorando y empezaron a sentirse atraídos por el resto de planetas que tenían alrededor. Mostraban un especial interés en uno, de color rojizo, y yermo muy cercano a ellos. ¿Que le verán? En ese momento elaboramos un plan para contactar con ellos. Se trataba de una especie agresiva con lo desconocido, así que aparecer en su planeta, sin más, estaba descartado.

Por supuesto que podríamos haber parado cualquier posible ataque, no era miedo lo que les teníamos, pero no queríamos alterarlos. En su lugar, intentamos llamar su atención de alguna manera, así que elaboramos un plan más o menos complejo. El objetivo del plan era llamar su atención de alguna manera y que enviarán una delegación a investigar. Es más fácil hablar con una muestra pequeña de individuos que con toda la población.

Como he dicho, se trataba de una especie con una gran curiosidad y un interés en estudiar su entorno, y estaban prestando especial atención a la posible existencia de otras formas de vida que pudiera explicar cómo surgió la suya. ¡Están buscando su origen, como nosotros! El agua es su fuente de vida y por suerte, su sistema solar tiene varios satélites orbitando en los planetas gigantes que son mundos océanos. Elegimos uno de ellos y lo agujereamos. ¿El objetivo? Que las fuerzas de marea provocaran unos grandes chorros de agua líquida proveniente de su interior. De entre los candidatos finales elegimos uno con el tamaño suficiente para que lo conocieran y con poca gravedad para que los chorros fueran lo más grande posibles.

El plan funcionó a las mil maravillas. En pocos años enviaron una sonda para atravesar esos chorros y analizar ese agua. Los elementos orgánicos que introdujimos en ese chorro que atravesaron no eran concluyentes para confirmar o desmentir la existencia de vida, pero despertó en ellos un interés mucho más grande del que ya tenían. El resto de elementos de su sistema solar desaparecieron de su mente, solo querían investigar esa pequeña luna de hielo, y pocos años después hicieron lo que tanto deseamos. Enviaron una sonda tripulada. A esa nave le llevó meses llegar, pero ha acabado llegando.

Y aquí estamos, a pocos metros de ellos, mientras dan sus primeros pasos sobre esta luna. Estamos escondidos, para presentarnos delante del que parece su líder en el momento justo, mientras escuchamos sus comunicaciones. Y ese momento ha llegado. El líder de la misión está delante de nosotros, quieto. No parece nervioso. Por su intercomunicador se escucha:

– Encélado 1, aquí Adre. ¿Me oís?

– Sí capitán, alto y claro.

– Tenéis que venir aquí, no os vais a creer lo que estoy viendo…

Ω